

EL TERROR DE LAS ESPECIES

SUBMARINAS

Mientras los embates de una suave brisa marina azotaban su rostro, el ejecutivo Rasputín Minimoto, al timón de su yate *Batavia*, lucía su mejor sonrisa de tiburón porque tenía sobrados motivos para pensar que acababa de subir uno de los últimos peldaños de la escalera al cielo. Bustingorri, su fiel adjunto, a quien había dejado al mando de su fábrica de matasuegras, mientras él se iba oficialmente de viaje de negocios al cuerno de África, le acababa de llamar por el móvil, y las noticias eran inmejorables. Gracias a unos hilos hábilmente manejados, y a unas maniobras turbias que habrían hecho sonrojar a más de un matón, la mayor empresa de la competencia había sido forzada a presentar suspensión de pagos ese mismo día, y las demás estaban temblando y buscando acuerdos de colaboración para evitar destinos parecidos. Sus operaciones en el continente americano iban viento en popa, e incluso unas investigaciones de un juez con aspiraciones de estrella habían tenido que ser abandonadas, por la muerte súbita de dos testigos clave.

Por no hablar del bombón que se tostaba al sol a pocos metros, y que aunque llevaba escasas semanas pintándose las uñas sólo para él, tenía todas las papeletas para convertirse en fija, y con un buen sueldo acorde a sus méritos.

El *Batavia* surcaba el Mediterráneo, y su dueño se sonreía a sí mismo porque veía de lejos las costas de Levante, y sus bloques de cemento y ladrillo malo apilados unos sobre otros, y sus aglomeraciones con olor a fritanga y bronceador barato. Cosas por las que hacía ya mucho tiempo que no pasaba, él, la viva imagen del éxito.

Pero de lo que no se daba cuenta el ejecutivo Rasputín Minimoto era que, mientras él contemplaba condescendiente el proletario agosto de tantos infelices, unos hermosos ojos verdes lo acechaban desde las aguas.

El azul infinito del cielo y los reflejos irisados del mar, graznidos lejanos de gaviotas y el viento impregnado de gloria y de sal. El *Batavia* se desplazaba perezoso por las olas, sus inmensas velas desplegadas y los motores parados para no quebrar el embrujo, lentamente pasaban las horas de una tarde perfecta. La chica se movía ocasionalmente sobre su tumbona, movimientos lentos y felinos, y el ejecutivo Rasputín Minimoto se relamía de gusto anticipando placeres cercanos.

La embarcación cambió su rumbo, y un acantilado se fue perfilando gradualmente sobre la línea del horizonte. El *Batavia* prosiguió su ruta, y poco después divisó una escollera, a babor de la cual se abría una entrada a una cala recóndita, un paraje idílico rodeado de fragancias de pinos y jaras, y adonde no llegaban las hordas de agosto porque sólo era accesible por mar, y en el que el ejecutivo Rasputín Minimoto pensaba fondear su yate, y hacer estremecerse a una de las más hermosas partes de su imperio.

Pero una canción de indescriptible belleza emergió de la escollera, alcanzó de lleno el corazón del millonario y tomó posesión de su voluntad, como si fuera la de un zombi.

Los ojos verdes que habían seguido la marcha del *Batavia* se elevaron sobre la superficie, y con ellos una cabeza de mujer bronceada, abundante cabellera morena alborotada por las aguas, y unos brazos y unos senos dignos de una Venus de Botticelli. En las rocas unos cuerpos parecidos salieron de las hendiduras donde habían aguardado escondidos, y eran ellas las que cantaban y arrastraban al yate a su perdición, mientras su compañera observaba las operaciones desde unas cinco brazas más allá de la popa. El ejecutivo Rasputín Minimoto mantenía su suicida rumbo hacia la escollera, y de nada servía que su secretaria fuera inmune al sortilegio y estuviera forcejeando con él, los almuerzos de gimnasio y *squash* se notaban y ella sola era incapaz de luchar contra las fuerzas de la naturaleza.

Y poco le importaba al patrón del yate el que las mujeres que lo habían subyugado fueran delfines de cintura para abajo.

Finalmente el *Batavia* se hizo astillas contra las rocas, y sus ocupantes perdieron el equilibrio. Pero no fueron arrojados hacia la muerte, las sirenas habían trepado por las ruinas y los recogieron entre sus brazos. Una jeringuilla hipodérmica venció la resistencia de la secretaria, y poco después unas máscaras de buceo fueron colocadas sobre las caras de los prisioneros, y unas botellas de oxígeno sobre sus espaldas.

Unos minutos más tarde, una comitiva de seres de leyenda, mitad mujer mitad cetáceo, coleaba y braceaba por los oscuros fondos del Mediterráneo, camuflándose casi perfectamente entre la vegetación marina y llevando de la mano a dos humanos con rostros de plástico negro, inertes e inconscientes, mientras arriba en la superficie el destartado

casco del otrora orgulloso *Batavia* quedaba como único testigo mudo de la tragedia que había tenido lugar.

El apartamento de alquiler por el que habíamos pagado una fortuna estaba en primera línea de playa, pero nadie nos había advertido que las clases de aeróbic gratuito se celebraban a muy pocos metros de él, que la profesora tenía una voz de batidora-licuadora, y que acompañaba su labor didáctica con unos altavoces de veinte megatones cada uno. Eso, junto con la luz solar que se filtraba por la membrana semitransparente, que figuraba como persiana, del agujero para ratones donde dormía, el hecho de que mi cama fuera un colchón hinchable muy dado a sufrir depresiones que le hacían perder todo su contenido, y los ronquidos de Braulio, eran las causas de que tuviera un déficit de sueño propio de alma en pena, y que anduviera por la playa y las discotecas de Gandía como un autómatas, con una expresión lo más agradable posible pero enterándome de bien poco de lo que pasaba a mi alrededor, murmurando topicazos y lugares comunes en cuanto notaba que se esperaba de mí que dijera algo. A mis amigos ya no les extrañaba que no fuera capaz de ni acercarme a ninguna de las numerosas bellezas en bañador que pululaban por todas partes, y a quienes no habría venido mal la compañía de un intelectual como yo.

Más de una noche me habría quedado gustoso durmiendo en el apartamento, con una buena ración de somníferos para aguantar a las hordas de melómanos al volante, ramas máquina total o engendrillos veraniegos, que a esas horas se apoderaban del paseo marítimo

y lo atestaban de alegres decibelios, pero Montserratita, Braulio y, especialmente, Paquiño se ponían como hidras en cuanto se me ocurría mencionar el tema, y no cejaban hasta que acababa cediendo y era arrastrado, aunque no totalmente en contra de mi voluntad porque uno nunca llega a saturarse de ver tanto glorioso escote y minifalda, a otra sesión de autismo más.

Estás en la costa levantina y aquí uno no se va a la cama solo antes de las seis de la mañana —me exclamaban muy convencidos—, lo prohíben las ordenanzas de la Generalitat y además sería una horterada, si tienes sueño te vas a la playa, te echas sobre la arena, y coges un melanoma como todo el mundo—. Mi cansancio me impedía oponer argumentos a los suyos, y así de plácidamente transcurrían las vacaciones que había cogido para relajarme después de un duro año laboral.

Por eso cuando ese día me compré, en un tenderete, una colchoneta promocional de una conocida casa de pompas fúnebres, me la llevé a la playa, la inflé y, tumbado sobre ella y vestido únicamente con mi bañador amarillo, me adentré en las aguas, tenía que haber imaginado que no tardaría ni cinco minutos en quedarme dormido.

Y también que me perdería irremisiblemente en altamar y que acabaría trocado en un decorativo cadáver flotante, aunque esto afortunadamente no sucedió porque una lancha de la Benemérita se topó conmigo, tras un exhaustivo análisis dictaminó que contra toda apariencia yo no era ninguna medusa aquejada de acromegalia, y procedió a sacarme de mi letargo a bocinazo limpio. Cosa por la que le estaré eternamente agradecido, pese al lamentable estado en que me dejó los tímpanos, y al ridículo que hice cuando el susto me

hizo levantarme con la celeridad de un rayo, doblar la colchoneta por su mitad, y caer al agua cual grácil paquidermo.

Pero, en fin, unos minutos más tarde conseguí trepar a la lancha, donde fui recibido por un sargento gordo y bigotudo y cuatro números firmes como velas, en perfecta formación y saludándome con gesto marcial. En la cabina, un vejete con cara de lobo de mar daba indicaciones al timonel, mientras contemplaba divertido la escena.

—Sargento Mimosín, para servirle a usted —el guardia civil que estaba al mando se presentó a sí mismo—. Es un verdadero honor para mí el encontrar a un patriota como usted por estas aguas, especialmente dados los tiempos tan propicios al nacionalismo excluyente que corren.

—No, no, el honor es mío —respondí, intrigado ante semejante sarta de incongruencias—. Muchísimas gracias, si no llega a ser por ustedes no sé lo que habría sido de mí.

—Sí, debo reconocer que su acto de lanzarse al mar en una colchonetita ha sido una temeridad. Pero, qué quiere que le diga, los héroes que derraman su sangre por Dios y por España suelen ser un poco descerebrados, los que somos mínimamente inteligentes nos quedamos en casita y libramos nuestras contiendas en la *Playstation*.

—¡Pero el Alcázar de Toledo no habría resistido si los defensores llegan a comportarse como usted! —exclamé, fingiendo un leve enfado para seguir la corriente a mi interlocutor.

—¿Ha visto usted el juego del bombardeo de Guernica que han sacado? Puedes volar todos los monumentos históricos de los vascos, y ametrallar a tantos hombres, mujeres y niños como quieras, pero sabiendo que nadie te va a acusar de crímenes contra la Humanidad, y que Arzallus ni se va a enterar de la escabechina —se acercó a continuación a mí, y me dio un pescozón que me hizo ver las estrellas —. Siento hacerle sufrir, amigo mío, pero es que me irrita sobremanera que me lleven la contraria, especialmente cuando lo hacen desde la insoportable altura moral en que se ha colocado usted.

Pegué un respingo, sofocando un grito a muy duras penas, arqueé la cabeza hacia ya no me acuerdo cuál lado, miré la desolación en que se había convertido mi otrora espalda, y entonces lo entendí todo.

Debía de haber estado horas y horas tumbado al sol, protegido únicamente por la capa de crema de factor de protección infinitesimal con la que, antes de lanzarme al mar, me había embadurnado. Y los rayos de todo el espectro se habían pitorreado de ese supuesto escudo y se habían infiltrado a través de él como y cuando habían querido, y habían permutado la parte trasera de mi cuerpo en un guisote de pimientos y tomate frito, que habría hecho las delicias de cualquier chiringuito playero. Un apocalipsis digno de figurar como efecto especial en cualquier película de acción de serie B, una caldera de magma dividida en dos zonas, tronco, cuello y brazos por un lado, piernas por otro, separadas entre sí por la tirilla de algodón y fibras sintéticas, a partes iguales, que era mi bañador amarillo. Y los guardias civiles que me acababan de rescatar, que no parecían cojear de un pie excesivamente apegado a la Constitución y los Derechos Humanos, habían tomado mi dolorido cuerpo como una escenificación viviente, aunque con distintas

proporciones y sin pajarraco, de nuestra gloriosa bandera, y de ahí el recibimiento de vencedor en cien batallas con que estaban obsequiando.

—Bueno, ha sido un verdadero placer conversar con un héroe de la Santa Cruzada como usted —dije, en cuanto pude recuperar el habla—. Ahora, si me lo permite, voy a seguir quemándome al sol, a ver si consigo que todo mi cuerpo luzca este rojo del que me siento tan orgulloso.

Y, sin darle tiempo al sargento Mimosín a proseguir con su muestrario de carantoñas asesinas, cogí la colchoneta, encaminé mis pasos a popa, y una vez allí la arrojé al suelo y me tumbé delicadamente sobre ella, esta vez boca arriba porque mi torso todavía estaba algo pálido. El destino hizo que el vejete con cara de lobo de mar saliera de la cabina y se pusiera a andar en mi dirección, aunque nada más echarme había entrecerrado los ojos de puro cansancio, tras una montaña de horas de insomnio todavía no recuperadas y porque, en cualquier caso, tampoco tenía muchas ganas de más conversación. Y pese a que a los pocos segundos rompí a roncar, intentando imitar el sonoro estilo de Braulio, aunque me temo que más bien me salieron mugidos de elefante marino.

—Puedes irte a la sombra, chico, que éstos no se van a preocupar más de ti —nada, alguna gente no había manera de que cogiera una indirecta. En vista de que no era posible que me dejaran en paz, me incorporé, abrí los ojos lentamente para que volvieran a acostumbrarse a la luz, puse mi mejor semblante de patricio importunado, y recibí el impacto de una vaharada de tabaco rancio en la pituitaria. Mi interlocutor era enjuto y arrugado como la momia de Tutankhamón, su pelo era blanco y su faz irónica, vestía

ropajes oscuros y una gorra de plato negra que debían de haber pertenecido a algún coetáneo del capitán Acab.

—Porque no pensarás que la Guardia Civil se dedica a rescatar a mejillones como tú, que se creen que la mar es la bañera de su casa —añadió tras lanzar un escupitajo al agua, que afortunadamente alcanzó su objetivo. —No, chico, no, para esas tonterías ya están los de la Cruz Roja. Nosotros, para que te enteres, estamos aquí porque estamos investigando un secuestro.

—¿El del ejecutivo Rasputín Minimoto? —pregunté, súbitamente interesado.

—Y de su secretaria, no nos olvidemos de ella, que está de toma pan y moja. Y también los de los ricachones que han volado últimamente por estos mares, aunque por mí que se pudran todos allá donde estén.

No tuve que hacer mucho esfuerzo para recordar los nombres de las otras víctimas, los periódicos y las televisiones los repetían hasta la saciedad, para consternación de las autoridades que, siguiendo el ejemplo del alcalde corrupto de “Tiburón”, intentaban echar tierra sobre el asunto: Bernardino Mundocruel, director general de la sección española de la Jumilla Wine Company, visto por última vez en su fueraborda cerca del puerto de Altea; Timoteo Prefabricator, presidente de honor de la constructora Milenium Dolmen, desaparecido en un pédalo; Joaquinito Retintín, miembro del consejo de administración de una cadena de fruterías; Cesáreo Neonato, gerente de la cadena de supermercados El plasticucho; y un largo etcétera. Algunos de ellos volvían a la civilización al cabo de un tiempo, se despertaban un buen amanecer en alguna playa poco frecuentada por el turismo,

pálidos y amnésicos de cualquier memoria que pudiera ayudar a esclarecer el caso, y con las cuentas corrientes unos centenares de millones más delgadas. Y éstos eran los afortunados, porque de los demás nada se sabía.

—Ya —contesté al cabo de unos segundos—. ¿Y qué es lo que hace usted en esta lancha, si no es indiscreción? Porque lo que es de Guardia Civil, usted tiene más bien poca pinta.

—Eres muy perspicaz, chico, te diría que tienes algo dentro de la mollera, si no te dedicaras a hacer malas imitaciones de Robinson Crusoe —el lobo de mar me miró con cara de guasa—. No, yo estoy aquí porque me conozco estas costas como la palma de la mano, y esta gente necesita mi ayuda si quiere encontrar a las sirenas.

—¿Encontrar a las sirenas? —repetí a todo volumen, sorprendido por lo que acababa de oír, y no creyéndome del todo que no era un espejismo sonoro.

—¡Sí, y también al cangrejo Sebastián! —intervino un guardia civil desde la otra punta de la lancha, riéndose estrepitosamente—. ¡Y a la señorita Rottermeyer, que es la churri del sargento!

—Señor Icosaedri, le ruego encarecidamente que se deje de cuentos de vieja —pidió la voz del sargento Mimosín, a quien afortunadamente yo no alcanzaba a ver —Si ya es difícil de por sí mandar a esta tropa de bolcheviques en potencia, mucho más lo es si usted se dedica a soliviantarlos con sus ridículas historias.

—¿Cuentos de vieja? ¿Ridículas historias? —continuó el lobo de mar, susurrando ahora para que sólo lo oyera yo —. No, amigo mío, sirenas ha habido aquí desde siempre. Antes se las podía encontrar uno, cuando en los pueblos de la costa sólo estábamos los cuatro gatos de toda la vida, antes de que se llenara todo de turistas y lo echaran todo a perder. Hoy en día es prácticamente imposible, y es una pena porque eran unas hembras de quitar el hipo.

—¿Vio usted a alguna de ellas? —aunque no me creía una palabra, lo que me estaba contando me parecía divertido, decidí seguirle la corriente y dejar para otro momento las puyas e ironías que se había ganado.

—A lo lejos, alguna vez que estaba de vigía en mi barco de pesca. Ya sé lo que estás pensando, chaval, tu cara es un libro abierto aunque intentes disimularlo. Piensas que este viejo marino estaría borracho en su puesto, y que el alcohol le haría confundir un atún con una tía espectacular. Y sí, mis tragos de ron me tomaba, era la única manera en que se podían aguantar las horas allí arriba, sin nada que hacer salvo mirar la mar y achicharrarme al sol, pero si tenía que estar continuamente en la cofa era porque tengo una vista excelente, que nunca me ha fallado en los años en que he ejercido de pescador. Y, además, te voy a contar otro cuento de vieja para que te convenzas.

—Dígame, dígame —respondí expectante.

—Aquí donde me ves, yo siempre he sido un tipo muy solitario, en lugar de pasar las noches bebiendo como todo el mundo, siempre me ha dado por pasear. Y, más de una vez, caminando por las rocas que bordean las playas, pude ver a marineros haciendo el

amor con mujeres increíbles. Y, ¿sabes lo curioso?, esas mujeres, cuando terminaban, dormían a los marineros de un beso, se alumbraban con una especie de fanal de buque y, antes de adentrarse en las aguas con el fanal atado a la espalda y desaparecer para siempre, yo alcanzaba a distinguir cómo sus piernas se iban poco a poco transformando en una cola de delfín.

—Pero entonces la gente lo habría acabado sabiendo —objeté—. Algún periodista se habría enterado más tarde o más temprano y lo habría hecho público. Y buenos son los promotores para desaprovechar un filón así, esta costa se habría convertido en la meca del turismo sexual muchos años antes del boom.

—Algunos de esos marineros eran compañeros míos, y cuando hablaba con ellos al día siguiente no sabían nada, y me tomaban por loco cuando les contaba lo que habían hecho. El caso es que tampoco podían desmentirlo del todo, porque no recordaban absolutamente nada de sus movimientos en las últimas horas.

—Y usted cree que las tipejas esas son las autoras de los secuestros.

—Otro marinero distinto, a quien yo no pillé pero que sí tuvo una aventura con una de ellas, no se olvidó. Modesto Balcells, patrón del pesquero *Carmen*, un buen amigo mío en los tiempos en que todavía tenía amigos. Una noche me lo encontré en una taberna, y estaba preocupado. Al despertarse esa mañana se había encontrado en su bolsillo un medallón antiguo, y al verlo había tenido una serie de extrañas reminiscencias, entre ellas una amenaza de muerte procedente de una mujer del mar. Nos tomamos unos vinos juntos, lo acompañé a su casa, y ésa fue la última vez que lo vi. Al día siguiente no acudió a su

barco, y ya nadie supo nunca más de él. Esos seres de las que tú tanto dudas existen, chaval, y son muy capaces de matar o secuestrar.

El vejete echó una calada a su cigarrillo, y se llevó la mano derecha a uno de los bolsillos de sus pantalones, de donde extrajo algo.

—Mira, para que te convenzas —prosiguió, extendiendo la mano hacia mí y mostrándome su contenido—. El medallón del capitán Balcells, me lo dio antes de que nos despidiéramos, previendo que éstos eran sus últimos momentos con vida.

Cogí el objeto y lo examiné. Era un fino círculo de plata muy desgastado por el paso de los años, de unos cinco centímetros de diámetro, y únicamente estaba labrado en una de las caras. Apenas se distinguía la figura pero parecía un rostro femenino, o una máscara, y los caracteres de la leyenda eran griegos. Tras muchos esfuerzos alcancé a descifrar una palabra que era algo así como “Parténope”.

Parténope. No tardé mucho en recordar su mito. Una de las sirenas que trató de seducir a Ulises, sin éxito porque éste había hecho que le amarraran al mástil de su barco, y ahí fue casi enloquecido por el canto pero sin que pudiera acudir a él, mientras los remeros bogaban impertérritos porque tenían las orejas taponadas por orden de su general. Ulises había escuchado su música pero seguía vivo y según sus leyes una de ellas debía morir, la elegida fue Parténope. Las olas arrastraron su cadáver hacia una playa y allí fue erigido un templo en su honor que, con el tiempo, se acabaría convirtiendo en la ciudad de Nápoles.

Mientras contemplaba el medallón, me dije a mí mismo que tal vez algo había de verdad en las palabras del viejo, y comencé a creerle.

—¿Qué, qué me dices ahora? —me preguntó con una sonrisa triunfal—. ¿Es tan cuento como pensabas, o puede haber algo de verdad?

—Debo reconocer que me ha impresionado, señor Icosaedri. Tal vez tenga razón, después de todo. ¿Y qué dicen nuestros amigos al respecto? —hice un gesto con la cabeza, señalando a los guardias civiles.

—Chistt, calla hombre, que estos se enteran y me lo quitan, y lo acaban dejando en los fondos de algún museo arqueológico, para que se pudra. De eso nada, antes muerto.

—Esto no lo he comprado en una tienda de “souvenirs”, chaval —añadió, tras unos segundos de pausa.

—No sé, no sé —me llevé la mano derecha a la barbilla, y moví la cabeza meditabundo—. El medallón podría ser un recuerdo de familia, o habérselo encontrado —me callé aquí la tercera hipótesis que se me ocurría, que fuera un objeto robado.

—¿Sigues sin creermme, eh? Pues cuando nos suelten estos, ven a mi casa, que te enseñaré algo que terminará de convencerte.

—¿El qué, si no es indiscreción?

—Una carta que me entregó el capitán Balcells, poco antes de evaporarse, en la que contaba, punto por punto, todo lo que le sucedió la noche en que fue sellada su suerte. Seguramente fue lo último que escribió, chaval, cada vez que la leo me pongo triste porque fue un muy buen amigo el que me arrebataron.

—Vaya, lo siento —fue lo único que acerté a decir, sobrecogido por el dramatismo de las últimas palabras del viejo.

Desde luego, el capitán Balcells habría sido todo lo buen marinero que quisiera, mas su presunta desaparición no se puede afirmar que hubiera sido muy trágica desde el punto de vista literario. Su carta estaba plagada de enmiendas, tachaduras y faltas de ortografía, y la gramática era sencillamente desastrosa. Me costó mucho desentrañarla, pero cuando lo conseguí observé que lo que se contaba en ella coincidía, a grandes rasgos, con la narración del señor Icosaedri.

Mientras, ya al atardecer, intentaba aclarar mis pensamientos mientras deambulaba por el Paseo Marítimo de Gandía, me repetí a mí mismo varias veces que un desvarío compartido por dos personas — por supuesto, me había cuidado mucho de comprobar que la letra en que estaba escrita la carta era distinta de la del señor Icosaedri —podría no ser tan desvarío después de todo, que en cualquier caso valía la pena investigar, y que lo de haberme citado con el vejete a las siete de la mañana del jueves de la semana siguiente —él no podía hasta entonces, y el surtido de ampollas que alfombraba mi cuerpo precisaba, de todas formas, unos cuantos días de cuidados sin sol —para zarpar a la caza de sirenas, esta vez sin la ineficaz presencia de los guardias civiles, no era ninguna tontería inducida por los orujos que nos habíamos tomado los dos en su casa.

En esto estaba cuando una alegre voz me sacó de mis cavilaciones.

—Hala, Kermit, cómo te has puesto de colorado — era Montserratita, que venía de la playa junto con Braulio y Paquiño—. Hasta que me he dado cuenta de que no llevabas sandalias y calcetines negros, que si no te habría tomado por un alemán.

—Desde luego, tu obsesión con esa gente es de juzgado de guardia —le replicó Braulio encogiéndose de hombros—. Si luego vas allí y son todo una panda de taraditos, hasta el punto de que todo el mundo va en bicicleta por la calle y nadie se molesta en atropellarlos.

—Sí, hombre. Si tú lo más cerca que has estado de Alemania fue cuando fuiste a Segovia al campeonato de Trivial bucólico, que lo sé yo.

—¿Segovia, dices? Con el frío que hacía eso debía de ser lo menos Dusseldorf. Y pensar que el ceporro este me dijo que en la ciudad había un clima subtropical, y allí que me fui, sólo con una camiseta y una sudadera.

—Por supuesto que te lo dije, amigo mío, y vive Dios que no me arrepiento —improvisó Paquiño todo digno, con la toalla anudada sobre su cintura a modo de pareo—. Ya sabes que, para los que nacimos en San Petersburgo como yo, todo lugar en que meas en la calle y no se te hiela la minga tiene clima subtropical.

—¿Trivial bucólico? —pregunté divertido—. ¿En qué consiste eso?

—Mira, es bien sencillo —respondió Braulio—. Cuando aciertas una pregunta coges una estaca y sacudes a los que fallan. Si tienes suerte y a los demás les tocan cosas difíciles, puedes pasar un rato muy interesante desde el punto de vista cultural.

—Así es como aprovecha éste su educación de colegio de pago —apuntó Montserratita.

—Pero mujer, ¿tú de verdad crees que los padres de Braulio pagaron el fortunón que pagaron para que a su hijo le dieran una buena enseñanza? —dijo Paquiño—. Deberías tener claro que si llega a entrar en cualquier otro colegio, instituto o frenopático todavía estaría repitiendo el jardín de infancia.

—No te pases, que todavía me sé la lista de las obras completas de Forges —alegó Braulio—. A ver, *Forges número 1*, *Forges número 2*, *Los forrenta años*, *Historia Forgesporánea*, *Access para Windows 95 para torpes*, *Médicos 1*, *Médicos 2*, *Windows Milenium Edition para torpes*, *Historia de aquí*, *Visual Basic 6 para torpes*, *Visual Basic 5 para torpes*, *Visual Basic...*

—¡Socorro! —imploró Montserratita—. ¡Basta ya, por favor, me rindo!

—Kermit, como no busquemos otro tema de conversación, el zopenco este nos va a acabar hablando en sumerio, y vamos a tener un problema —me sugirió Paquiño—. Vamos a ver, ¿por qué no nos cuentas cómo diablos has obtenido ese color langosta a la caldereta que tan bien te sienta?

—Bueno, pues veréis, la cosa empezó así —y les hice a continuación una sucinta narración de mis andanzas, omitiendo cualquier referencia a las sirenas y a lo de haber quedado al día siguiente con el señor Icosaedri. Prefería esperar a los resultados de la expedición, a venir con fotos sensacionales o alguna otra prueba de la existencia de esos

seres, o bien con las manos vacías y entonces callarme como una tumba, y olvidarme del asunto para los restos.

—La próxima vez que te compres una colchoneta, flotador o pato de goma asegúrate, por favor, de que tenga ancla, que si no lo vamos a pasar fatal cada vez que te metas en el agua —me pidió Paquiño todo serio, según abría de una patada la puerta metálica de nuestro apartamento.

—Venga, vale —respondió risueño mi piloto automático, mientras los ojos se me empezaban a cerrar y todo en lo que era capaz de pensar era en caer rendido sobre mi colchón deshinchable.

El despertador que Braulio tenía encima de su pila de revistas de agricultura marcó las seis y veinte de la mañana, y la falta de sueño, después de otra noche sin dormir más, hizo que mi cerebro se poblara de impulsos homicidas. Montserratita, Braulio y Paquiño roncaban al unísono y, mientras me aplicaba una ducha gota a gota para no hacer ruido, me vestía y cogía mis cosas, apreté los dientes al pensar en ellos, mis dictatoriales amigos, sumos sacerdotes de un imaginario dios de las discotecas gandienses y de la música ratonera. Antes de salir a la calle hice una comprobación, y no me faltaba nada: ni la toalla, ni las cremas de factor de protección cemento de Portland para durante y después de la exposición al sol, ni la cámara desechable con zoom incorporado, ni los tapones de goma espuma para los oídos.

Me figuro que de alguna manera recorrí el paseo marítimo, porque mi siguiente evocación es de estar recostado sobre la proa del *Queen Leti*, el bote con motor del señor Icosaedri, mientras éste maniobraba para salir del puerto y me escupía palabras que mi depauperado estado físico era incapaz de interpretar. El espectáculo del sol emergiendo sobre el Mediterráneo debía de ser incomparable, pero yo no estaba para admirarlo y de hecho me sentía incapaz de mantener los ojos abiertos.

A eso de las siete y media, un violento cachete me devolvió a la vida.

—Muchacho, aunque ya has recuperado un color más o menos natural, sigues siendo demasiado feo para hacer de bello durmiente —me dijo el señor Icosaedri—. Ya hemos llegado a la zona donde antes recalaban las sirenas, conque que coge tu teleobjetivo ya mismo y ponte a investigar. ¿Quieres café?

Murmuré un sí que sólo debió de oír mi camiseta, me remojé la cara con agua de mar y extendí el brazo para alcanzar el termo que me ofreció el vejete. Poco después, ya convenientemente embadurnado con la crema solar, peinaba los alrededores, usando el casi inexistente zoom de mi máquina como catalejo de feria. A veces mi mente se ponía a divagar, los ojos se me cerraban y mis manos acababan bajando la cámara, pero entonces el vejete pegaba un grito y me sacaba de mi duermevela. Pasaban así las horas, el estómago empezaba a dolerme debido a los vasos de café con que inútilmente lo castigaba, y por supuesto no se atisbaba ni rastro de los objetos de nuestra expedición.

—Dígame, señor Icosaedri —logré finalmente reunir las suficientes energías como para articular una frase—, ¿ha sido usted toda la vida pescador?

—No siempre, chaval. Hace mucho tenía una taberna en el puerto de Sagunto, y una moza a la que quería y con la que me iba a casar. Pero cuando fue la ceremonia no era yo el que estaba en el altar junto a ella, sino el hijo de un capitoste local del Sindicato Vertical. Cogí una borrachera que me duró tres días, y cuando me recuperé vendí la taberna, hice las maletas y me enrolé en el primer buque que me admitió.

—Vaya, gran ocasión que he perdido para mantener la boca cerrada. Lo siento.

—Sí, casi te prefería cuando estabas callado. Pero, ya que has metido la pata hasta el fondo, por lo menos sigue hablando. Si quisiera hacer de chófer de un ataúd, muchacho, me buscaría uno que me resultara más apetecible de profanar.

Recuperé mi mutismo durante unos minutos, mientras buscaba afanosamente un tema de conversación.

—Ya sé. Si antes era tan fácil encontrarse con una sirena, ¿cómo es que no hay ninguna prueba de su existencia? Por mucho que sean capaces de hacer que la gente se olvide de haberlas visto, alguien les sacaría fotos, o pescaría alguna.

—Qué sorpresa —respondió el señor Icosaedri—. Has sido capaz de hacer una pregunta medianamente interesante, quién lo iba a decir. Pues bien, en cuanto a las fotos no lo sé, pero sí recuerdo unas cuantas tardes en que las que elevamos las redes de mi barco y estaban misteriosamente agujereadas, y todos los peces que tenían en su interior se habían largado con viento fresco. Y también recuerdo historias que circulaban de pesqueros naufragando en días claros como hoy, y ninguno de los supervivientes sabiendo explicar

cómo había sucedido el infortunio, de manera muy parecida a los marineros a los que me referí ayer.

—Ya. Con lo cual, oh casualidad, usted es la única persona que las conoce. Viven a dos palmos de las megalópolis de la costa levantina e incluso se dedican al crimen organizado, pero nadie más está al corriente de su existencia —afirmé, irritado en bastante parte por la falta de sueño.

—Te recuerdo que fuiste tú, chaval, el que te emperraste en venir.

—Debía de estar borracho por los orujos que me dio.

—Sí, y yo fui un imbécil por hacer caso de las tonterías de un niño. Está bien, ahora pongo en marcha el motor y nos volvemos.

El vejete se desplazó hacia la popa de la embarcación mientras yo, algo compungido por lo injustamente severo que había sido, echaba un último vistazo a las claras aguas de la zona de observación. Y entonces algo emergió y se perfiló sobre la espuma y los borreguillos, y ese algo me hizo pegar un brinco y maldecirme en silencio por haber sido demasiado tacaño para comprarme una cámara de verdad.

—¡Señor Icosaedri, no arranque, por Dios! —susurré con toda la potencia de que era capaz, mientras me ponía a sacar fotos como un poseso —. ¡Mire, mire, esto es increíble!

No tardé mucho en tenerle a mi lado, con los ojos como platos.

Eran alrededor de las doce de la mañana y el sol estaba en lo alto, sin nubes que enturbiaran su dura luz. El bote se ondulaba cansino, y entre los reflejos verdes y azulados del Mediterráneo se distinguía, a unos ocho o diez metros de distancia tirando hacia la costa, lo que inequívocamente era una cabeza humana vista de espaldas. Una melena morena, un cuello y unos hombros bronceados que ocasionalmente quedaban al descubierto, y unas manos que se balanceaban inertes sobre la superficie del mar. La figura no parecía reparar en nosotros, por la dirección hacia la que apuntaba la parte visible de su presumiblemente delicioso cuerpo, se podía inferir que espiaba un lujoso yate, cuya blanca forma destacaba sobre el paisaje litoral.

Seguíamos contemplándola fascinados, sin perdernos una coma, cuando de repente la cabeza se inclinó hacia delante, y surgió una aleta de pez a su retaguardia que poco a poco fue transformándose en cola, y poco después en medio cuerpo de delfín perfectamente soldado con una gloriosa espalda de nadadora. Terminé el carrete, y agradecí el haber sido lo suficientemente previsor para hacerme con una segunda máquina de usar y tirar.

—¡La virgen! —el señor Icosaedri rompió el mágico silencio según yo guardaba la primera cámara, en el bolsillo impermeable de la toalla. Levanté la vista, y mi temor se hizo realidad cuando la sirena se dio media vuelta y fijó en nosotros una mirada terrible. Rápidamente fui hacia mi bolsa de playa y extraje de ahí los tapones para los oídos, que me puse con las manos temblando por las prisas.

Justo a tiempo. Unas notas de belleza irreal, aunque suficientemente amortiguadas por los tapones para no afectarme, brotaron de la boca de la nereida, y el señor Icosaedri se quedó paralizado, con una expresión como de haber sido alcanzado por un dardo mortal.

Me encaminé a trancas y barrancas hacia el motor del *Queen Leti*, y me quedé unos segundos aturullado porque no me acordaba muy bien de cómo se ponía en marcha.

Mientras tanto, la sirena braceaba hacia nosotros, y llegó lo suficientemente cerca para que mi corazón fuera acribillado por el resplandor de unos ojos verdes como esmeraldas. Ella percibió que yo era relativamente inmune a sus encantos y cambió su melodía por un aire más guerrero que provocó que mi compañero se lanzara contra mí. Pero un violento golpe de remo frenó en seco su avance, y poco después conseguí arrancar.

Mientras el bote del señor Icosaedri volvía a toda máquina al puerto de Gandía, conmigo a los mandos y con su viejo propietario trocado provisionalmente en un bulto inconsciente, y con un carrete con fotos que sin duda harían que mi nombre dejara de ser el de una persona anónima, sentí una gran desazón dentro de mí porque esa medio mujer, que tan cerca había estado de perdernos, había despertado en mí emociones que creía dormidas desde hacía mucho tiempo.

Como todos los demás días, los altavoces de las clases de aeróbic playero iniciaron su labor destructiva con una versión rap del tema de Lara, pero por primera vez en mucho tiempo apenas me importó que me sacaran de los sueños. La noche anterior había reunido los arrestos suficientes para plantar cara a mis amigos y, tras media hora de ataques infructuosos, se habían acabado resignando a partir sin mí hacia sus lugares de culto. El colchón se había portado, y yo había podido dormir bien por fin y, mientras me preparaba

mi café con leche y madalenas, me sentía animado, acariciado por los rayos de sol que se filtraban por las persianas. No veía el momento de ir a tienda de fotografía donde había dejado mi cámara de usar y tirar; por muy malo que fuera el teleobjetivo, algo se distinguiría de la sobrenatural belleza de la sirena, y acaso podría vender los negativos a buen precio a alguna revista sensacionalista.

Anduve a continuación al cuarto de baño y, antes de proceder al aseo, aprecié, una vez más, la particular geometría de la habitación. El arquitecto debía de haber pasado un rato muy divertido diseñando ese corredor angosto de azulejos blanquísimos, en el que había que hacer prodigiosos giros de cadera para esquivar el lavabo y el retrete, ese sistema de ventilación consistente en un monísimo agujero excavado en la pared y, sobre todo, ese muro final en plano inclinado, en la base del cual simpáticamente había colocado una bañera sólo apta para hobbits con alcachofa de ducha incorporada. Ya entrar en ese último triangulito suponía una experiencia difícilmente digerible para un alma sensible, con que mejor no describiré las penalidades que teníamos que arrostrar para lavarnos todas las partes del cuerpo, y los continuos tirones musculares que sufríamos en el proceso. La única idea mínimamente decente que se nos había ocurrido fue colocar un taburete dentro de la bañera, y así al menos nos podíamos sentar y reírnos como idiotas ante la comicidad de la situación. Que fue exactamente lo que hice esa mañana tan prometedora, mientras mis amigos dormían muy alejados del estrépito que armaba, y de los encantadores ruidos ambientales de la playa de Gandía.

Cuando terminé salí; tras un, esta vez, agradable paseo crucé la puerta de la tienda de fotografía, y di el resguardo a una rubia escotada que se identificó como dependienta.

Ésta sacó un sobre de un cajón y me lo entregó pizpireta. Lo abrí con una expectación rayana en la euforia, y me quedé helado.

—Pero, ¿qué clase de broma es ésta? —exclamé estupefacto después de volcar su contenido sobre el mostrador.

La dependienta se acercó, y su sonrisa Profidén marca de la casa se le heló cuando reparó en la galería de retratos, en tonos sepia, de Mary Pickford, reina de Hollywood y novia de América allá por la era de los dinosaurios, que le enseñé. Comprobó que el número de mi resguardo coincidía con el del sobre, extrajo los negativos y los miró al trasluz, y a continuación murmuró una trémula disculpa y llamó al encargado. Entre los dos se pusieron a revolver la tienda, pegando grititos agudos y nerviosos para mostrar su estupor, mientras yo los observaba no creyéndome del todo lo que estaba pasando.

Cuando abandoné el local, entre atónito y fascinado por lo que no podía ser sino una jugarreta de la sirena de ojos verdes, y por otra parte indignado por la falta de seguridad del laboratorio; y por supuesto sin las fotos —me habían ofrecido quedarme con las de Mary Pickford como compensación, puesto que no pertenecían a ningún otro cliente, y no los había guillotinado en el acto porque soy una persona educada —, me encaminé a la casa del señor Icosaedri.

—¿Qué hay, chaval, cómo estamos? —me saludó el vejete nada más verme —. Espero que bien, porque yo me encuentro fatal. Tengo el coco como si le hubieran pegado siete martillazos.

—Eso es por el remazo que le tuve que dar, ¿no se acuerda? —y no me sorprendió demasiado que adoptara una expresión de perplejidad.

—El caso... es que no recuerdo de absolutamente nada de lo que hice ayer —dijo tras unos segundos—. ¡Las sirenas, muchacho! ¡Claro, me han embrujado, igual que a los marineros! Si pasó algo tú eres el único testigo, yo que tú me volvería a Madrid cuanto antes, no sea que decidan matarte como al capitán Balcells.

Sacó su botella de orujo y dos vasos y, mientras bebíamos, le narré tan escuetamente como pude los acontecimientos que desconocía, desde nuestra expedición a bordo del *Queen Leti* hasta la desaparición de las fotos. Luego abandoné la casa, y con la cabeza llena de negros presagios regresé al galope al apartamento.

Entré congestionado y con las rodillas doloridas, tras haberlas estrellado con cuanto obstáculo encontré en el camino, y no pude menos que exhalar un suspiro de alivio cuando localicé a mis amigos, relativamente sanos y salvos y sentados ante de la mesa del salón-comedor-cocina-vestíbulo. Sus rostros delataban los efectos de la noche anterior, y en sus tazas de desayuno se disolvían los comprimidos efervescentes de rigor.

—Hala, Kermit, hoy estás casi tan colorado como la semana pasada —me saludó Montserratita con un amago de sonrisa—. Yo creo que vas a la embajada alemana con esas pintas y te dan la ciudadanía directamente.

—Un momento, especie de Hindenburg con coleta —la increpó Paquiño—. Salvo este apóstol de la vida sana y los productos bajos en calorías que tenemos enfrente, los demás estamos todos con la cabeza al borde del reventón termonuclear, así que en lo

sucesivo te rogaría que dejaras de mencionar a la gentuza esa. No te puedes imaginar, Kermit, la noche que nos dio la criaturita, cada vez que se topaba con un súbdito del Reich lo placaba y lo arrojaba al suelo, porque ahí estábamos los dos justicieros del *OK Corral* que, si no, ésta nos acaba provocando un conflicto diplomático.

—Pues no fui la única que se lo pasó bien. Tanto que se queja Braulio siempre, y hay que ver la chica tan guapa que se ligó.

—¿Cómo? —dije alborozado—. ¿Es posible, rompiste por fin tus asombrosas estadísticas?

—Os repito por decimoquinta vez que me dejéis de tomar el pelo— respondió Braulio con voz cansina—. Eso que me lleváis diciendo toda la mañana no me suena de nada, y os aseguro que si me hubiera sucedido de verdad estaría ahora mismo telefoneando al servicio veinticuatro horas de mi parroquia, para que me dieran la absolución por vía de urgencia, y desde luego jamás se me ocurriría olvidarme de ello.

—Tan tajado no estabas como para no acordarte de nada, o sea que déjate de tonterías —dijo Montserratita—. No sé lo que te pasa, estás muy raro hoy.

—Una cosa —inquirí, lleno de aprensiones—. La mujer con la que triunfó el zopenco este, ¿era morena y de ojos verdes?

—No, ciertamente —me contestó Paquiño—. Ya conocemos todos tu fijación, rayana incluso en el paganismo y la idolatría, por ese tipo de jacas, pero no. Para que te enteres, también las rubias tan blancas que parece que se han criado entre renos, pueden

llegar a ser espectaculares. Y si no te lo crees, haber venido anoche, que habrías asistido al incomparable espectáculo de todos los niñatos de Gandía quedándose boquiabiertos, mientras el cebollo amnésico ese hacía lo que quería con una walkiria que ni las de las óperas de Wagner.

—¿Sabes algo muy extraño, Kermit? —intervino de nuevo Montserratita—. En un momento en que no había alemanes en las inmediaciones me acerqué a ellos, sin que se dieran cuenta, y la chica le estaba haciendo a Braulio un montón de preguntas acerca de ti. Que si te conocíamos, que si solías quedar con nosotros, que si nos contaste dónde estuviste ayer, que en qué discoteca podría localizarte una amiga suya a la que le gustabas mucho... En el rato que les estuve cotilleando Braulio no soltó prenda, y yo misma le habría pegado un tortazo si no llega a aparecer en ese momento un mocetón, clavado al cantante de los Scorpions.

—Sí, debo de tener un club de fans allá por Groenlandia —puse la mejor sonrisa beatífica de la que era capaz, mientras cruzaba la puerta de mi habitación y cerraba la puerta tras de mí. Mi cuerpo entero flaqueaba y necesitaba estar a solas para tranquilizarme, y para pensar en algo antes de que las sirenas me encontraran y me hicieran compartir el trágico destino del capitán Balcells.

En los ratos que le dejaba libre su febril persecución de teutones, Montserratita trabajaba en una importante firma de productos electrónicos, y era muy habitual en ella el

llevarse artilugios de su empresa a todas partes, por si acaso algún día le servían para algo. Más de una vez nos sorprendía extrayendo de su bolso contadores Geiger, robotitos especializados en cortar chorizo, o canarios flauta de metal programados para interpretar los grandes éxitos de Celia Cruz. Pero, por mucho que yo había revuelto entre sus cosas, no había encontrado ningún sucedáneo de las llaves del “Cuatro Latas” de Braulio y, como éste siempre las llevaba consigo, había tenido que recurrir al clásico método de entrar rompiendo un cristal y hacer un puente para arrancarlo.

Ahora llevaba más de cien kilómetros de autovía y, pese a la ola de calor sahariano que tan brillantemente habían pronosticado los funcionarios del Instituto Nacional de Meteorología, y que se afectaba especialmente a los tripulantes de vehículos sin aire acondicionado como la tartera rodante de Braulio, empezaba a sentirme mínimamente tranquilo. Sonaba en el radiocassette una cinta de cánticos populares leoneses, lo único que había encontrado en el coche cuyo autor o autores no merecían ser condenados a trabajos forzados en los arrozales de la China comunista, y el escuchar tanta nota bucólica producía un efecto balsámico sobre mi ánimo. Aunque no me lo creía del todo, parte de mí consideraba alejado el peligro de las sirenas aunque, cada vez que recordaba a mi adversaria de ojos verdes, notaba retortijones en el alma al pensar que quizá no volvería a verla más.

El panorama era magnífico. La carretera serpenteaba por un viaducto rodeado de paredes graves y quebradas, pardas mellas excavadas por el Cabriel a lo largo de miles de años, baluartes naturales flanqueados, a su vez, por colinas y desfiladeros poblados de árboles y por los sinuosos meandros del río. En el cielo se columbraban las siluetas de

lejanas aves rapaces, sobrevolando majestuosas los dominios que la avidez humana todavía no había alcanzado a usurparles del todo, observando la exuberante alfombra vegetal que se extendía hasta más allá del horizonte, y que hacía que el aire se inundase de deliciosas fragancias. Poco a poco me fui dejando embriagar, y paré la cinta y me puse a canturrear viejos temas que ya raramente se escuchaban en la radio, y menos aún en los discotecorros de Gandía y armas de destrucción masiva afines.

En eso estaba, versionando de manera brillante aunque poco ortodoxa uno de los grandes éxitos de los Dubliners, entregando al viento negras y corcheas y sintiéndome lleno de magia, cuando un piloto se encendió en el salpicadero y, casi simultáneamente, el motor perdió gran parte de su fuerza y rompió a toser de una manera alarmante.

Por suerte, un cartel salvador me indicó que a escasa distancia encontraría una desviación a un área de servicio con gasolinera, y hacia allí me desplazé. No era gran cosa, apenas una caseta en el lindero de un bosque de pinos con un par de surtidores, pero unas piernas infinitas, prolongadas en un mono de la compañía petrolera y unas gafas de sol, me saludaron con una cálida voz, y la furia ante la súbita adversidad se me disipó como por arte de magia. Le conté mi desgracia, ella me sonrió y me cañoneó con los efluvios de un perfume capaz de volver loco a cualquiera. Cuando abrió el capó y se inclinó para examinar el motor, temí estar en un sueño del que sería súbitamente despertado.

En esto, la chica se dio la vuelta, se despojó de las gafas y me miró con unos ojazos verdes que no tardé ni un segundo en reconocer. Sin darme tiempo de reaccionar, me rodeó con sus brazos, acercó sus labios a los míos y eso es lo último que recuerdo, antes de

despertarme en una habitación sin ventanas, atado de pies y manos a una cama que me venía pequeña.

La mazmorra donde me hallaba prisionero olía a pachulí de garrafa, y la pinacoteca que recubría sus paredes no tenía desperdicio. Encima de mi cama podía distinguir un retrato de la virgen salpicado de bombillitas rojas que se encendían y apagaban; enfrente, una estampa de un torero sonrosado y con cara de niño cursi lidiando un astado; y, entre uno y otro, toda suerte de cromos de folklóricas, bordados de macramé, castañuelas, y fotogramas enmarcados de películas de Marisol y Rocío Dúrcal. Una canción de José Luis Rodríguez, “el Puma”, brotaba suavemente de unos altavocitos situados en el techo, a la que sucedió otra del mismo cantante, y luego otra, y así sucesivamente hasta el punto que acabé viéndome forzado a proferir horribles juramentos acerca de la madre que parió al artista venezolano.

El tiempo transcurría lentamente en esa peculiar cárcel, me sentía muy incómodo e incluso llegaba a echar de menos la presencia de un receptor de televisión. Me hacía incesantes preguntas acerca de por qué seguiría vivo, en qué lugar estaría y, fundamentalmente, qué tipo de destino me tendría reservado mi raptora. Mi imaginación corría desbocada y anticipaba toda suerte de tormentos, aunque la perspectiva de que la torturadora acaso fuera mi némesis de ojos verdes hacía que me estremeciera de placer.

Pasaban las horas en medio de una monotonía que ni siquiera la canciones de José Luis Rodríguez, “el Puma”, lograban alterar.

En esto, se abrió la puerta y entró ella. Llevaba un bikini rojo y un pareo. Indescriptibles.

—Pareces contento de verme —me sonrió, y su voz tenía un timbre tan sensual que mi excitación se vio multiplicada hasta extremos difícilmente soportables.

—No, es que llevo una pistola —respondí, parafraseando de manera muy poco original a Mae West.

—Pues veamos de qué calibre es —dijo a continuación, y suavemente extendió una mano hacia la cordel del elástico del bañador, y creí morir mientras lo desanudaba.

—Te repito por enésima vez, cariño, que lo de que estés fofo y lleno de michelines no me importa tanto como tú crees. Estoy segura de que si aprovechas tu estancia entre nosotras para prestar un poco más de atención a tu físico, al cabo de unos meses ya no tendré que sentir vergüenza ajena cada vez que nos crucemos con alguna de mis amigas.

Mi cabeza apoyada sobre su regazo, mi rostro siendo acariciado por los cabellos de la mujer, sin duda, más bella que había conocido en los días de mi vida, me sentía en una gloria cercana al paraíso al escuchar esas hermosas palabras que, aunque en el fondo no me las creía del todo, iban dirigidas a mí. A mí y no a cualquiera de los supuestos adonis que

exhibían sus proporciones en las playas y discotecas de Gandía, y a quienes había tantas veces había odiado a muerte, al verlos triunfar con hembras que entonces me parecían increíbles, pero que ahora sabía que no llegaban ni a la altura del zapato de Niela. Niela, Niela, sus facciones de ángel y su cuerpo de escándalo, el mágico nombre de la divinidad del mar repiqueteaba en mi cerebro y adquiriría nuevas sonoridades a cada paso.

La habitación adonde me había conducido, y donde habíamos pasado las últimas horas haciendo frenéticamente el amor, no era mucho más grande que mi celda, y tenía una decoración de similar gusto aunque, dejando aparte las inevitables canciones de José Luis Rodríguez, “el Puma”, de temática diferente. Las paredes ya no eran de un blanco reluciente, sino de un sugerente color rojo sangre; y los cuadros, estampitas, bordados de macramé y castañuelas se mostraban mucho más subidos de tono. Debía de ser algún tipo de cámara nupcial, vulgo picadero, usada por las sirenas para trajinarse a las víctimas de sus secuestros, por ejemplo yo mismo, o a sabe Dios quién.

—¿Al cabo de unos meses, he oído bien? ¿Qué vais a hacer conmigo, me tendréis de esclavo sexual, o me convertiréis en alpiste y me arrojaréis a las sardinas para que me devoren? —pregunté risueño.

—Lo de esclavo sexual ni lo sueñes, eres demasiado endeble para que pueda permitirme el lujo de compartirme con nadie. En cuanto a lo que pasará contigo, la decisión depende del Gran Consejo, que es el órgano que gobierna Igwén cuando nuestra reina acusa los efectos de su pasión por la enología, y que se reunirá mañana precisamente para estudiar tu caso. No te lo voy a negar, dado lo irrisorio del rescate que podríamos sacar por ti, lo

normal sería que te tomáramos unas muestras de ADN y luego te ejecutáramos. Pero no te preocupes, tal y como salta a la vista soy un personaje muy influyente por aquí y no permitiré que te hagan nada.

—Hombre, con eso contaba. Y, ya que estamos, si no te importa voy a seguir con el interrogatorio. ¿Adónde me habéis traído? ¿Qué es esto, una especie de Atlántida en miniatura, o algún barco hundido del que os habéis apropiado?

—Si sigues haciéndome tantas preguntas vas a lograr que me duela la cabeza —respondió ella, rozándose los labios con las yemas de los dedos—. ¿Por qué no me dices algo bonito, para variar? Ten en cuenta que, por mucho que me dedique profesionalmente al robo, tortura, extorsión y asesinato, en el fondo soy una jovencita sensible y de corazón muy tierno.

—Niela, decir que eres la mujer más deslumbrante del universo es quedarse alarmantemente corto. Siempre tuve el sueño de en alguna época de mi vida estar con alguien como tú, y para mi sorpresa ese sueño inalcanzable hoy se ha hecho realidad. Y, ¿sabes qué?, no hay ningún tipo de letra pequeña, no veo nada en ti que no me guste, todos los momentos que estoy pasando contigo son como para transcribirlos punto por punto y crear una mitología a partir de ellos.

—Vaya, no está mal, te ha quedado muy poético. Has rondado varias veces el lindero de lo cursi, pero increíblemente has conseguido no caer. La verdad es que hablas bastante mejor que los patanes que me ligué anteriormente, y que la cosa más romántica que sabían hacer era imitar los gruñidos de apareamiento de sus cerdos.

—¿Me contestarás ahora la pregunta que te he hecho, mi amor?

—Mi amor. Qué bonito resulta oírlo de tu boca, vas a acabar convirtiéndome en una mocosa de esas que se tragan *Titanic* catorce veces seguidas. Qué horror, creo que mañana dejaré al Gran Consejo que te haga ajusticiar —dijo, y me besó dulcemente los párpados, mientras yo flotaba por las nubes del Olimpo, y rogaba a los dioses que accedieran a que me quedara ahí eternamente.

Abrí un ojo a ignoro qué hora sería, mi querida secuestradora no se había preocupado lo más mínimo por mi reloj mientras me llevaba a su guarida, y ahora yacía en la mesilla de noche, lleno de agua y sal hasta su última rueda dentada, y perdido para siempre para la causa del cronometraje. Mis articulaciones, y especialmente las vecinas a las sufridas vértebras cervicales, se percataron de que estaba despierto y consideraron adecuado el momento para lanzarme una estocada, que me hizo ver las estrellas y varios satélites artificiales. Proferí las maldiciones protocolarias y a continuación pegué un brinco —afortunadamente Niela había tenido el detalle de no atarme esta vez —y pude escapar del sofá-tarrina de mi celda, en el cual había dormido tan plácidamente como me permitía la postura de contrarrelojista que me había visto forzado a adoptar. Empecé una tabla de ejercicios de la marina brasileña para recuperarme, y algo aliviaron el insoportable dolor.

Por lo que recordaba que me había contado, Niela debía de estar en esos momentos ante el Gran Consejo, debatiendo mi suerte y, pese a sus tranquilizadoras palabras, no pude

menos que sentirme inquieto. Tal vez había recurrido al viejo truco de exagerar su poder para impresionarme, lo cual ciertamente no le hacía ninguna falta, o quizá en el fondo yo no era para ella más que un pedazo de carne, un morlaco más del que gozar un rato y cuya testa quedaría muy mona vaciada y usada como cuenco. El día anterior había sido sin lugar a dudas el más maravilloso de mi vida, pero precisamente por eso no quería morir.

Según esperaba la llegada de Niela con el veredicto, una contrapuesta serie de sensaciones se fue apoderando de mí. Por una parte, miedo y zozobra, miedo y zozobra que llegaban al paroxismo cuando mi mente vislumbraba imágenes del descuartizamiento en cómodos plazos que, según la sirena, era el último grito entre ellas en cuanto a métodos de ejecución; pero venían luego las evocaciones, y las tormentas se disipaban. Un arrebató místico inundaba el conjunto de las regiones de mi cuerpo, hasta el último poro, el aire se impregnaba de la esencia de la mujer de la que me había irremisiblemente enamorado y un coro de querubines cantaba gorigoris en mi interior. Todo era mágico en esos momentos, incluso la decoración de la celda parecía de un buen gusto cercano al refinamiento, las otrora feísimas folklóricas de las paredes me enviaban guiños de complicidad con salero andaluz.

Al cabo de un tiempo me harté de tanta angustia y empalago alternativos y, para distraerme, decidí ordenar la información que le había logrado sonsacar a Niela.

Efectivamente, mis suposiciones eran ciertas, el lugar donde me hallaba cautivo, y donde seguramente compartía prisión con el ejecutivo Rasputín Minimoto, su secretaria y el resto de los capitostes secuestrados, era una zona acondicionada para hombres dentro de Igwén, la ciudad de las sirenas, el último reducto de un imperio subacuático que, hasta

fechas relativamente recientes, se extendía desde el estrecho de Gibraltar hasta las costas de Chipre y Capadocia. Al contrario que sus hermanas, había sido excavada debajo de las rocas del fondo, con lo que era indetectable para barcos y submarinos, y gracias a eso se había librado del triste destino de las otras: los gobernantes del período del entreguerras enterándose de su existencia, mandando ejércitos secretos para arrasarlas y despojarlas de sus tesoros, y nada quedando de ellas salvo ruinas melancólicas pobladas por algas y fantasmas. De ahí venía fundamentalmente el odio acérrimo que las sirenas sentían por la raza humana.

Aparte de este barrio reciente, decorado todo ello con gangas adquiridas en puestos de artesanía playera y tiendas de casi todo a cien, Igwén poseía un casco antiguo repleto de monumentos y casas venerables repletas de objetos valiosos, donde debían de abundar baratijas como el medallón del capitán Balcells. Allí vivía alquilada Niela en una coqueta mansión palaciega, adonde me había prometido que algún día me llevaría a vivir, y en la que me daría algún trabajillo especialmente humillante. Claro que para eso necesitaría la aprobación del Gran Consejo, puesto que el centro estaba anegado por las aguas en su totalidad, y para moverme por allí tendría que estar dotado de branquias y cola de delfín, lo cual nunca en la historia de la ciudad se había permitido a alguien de mi especie.

Los fanales de buque de los que me había hablado el señor Icosaedri, y que según él hacían que las sirenas recuperaran su forma antes de volver al Mediterráneo, existían de verdad, aunque ahora eran piezas de museo porque habían sido sustituidos por unas linternitas de bolsillo que, por su peculiar forma y color, recibían el nombre de electroboniatos. Aunque esta practiquísima versión databa de muy pocos años atrás, las

ninfas del mar siempre habían dispuesto de ingenios que les permitían alterar sus estructuras genéticas, hasta permutarlas por las de humanas. De ahí sus incursiones en tierra firme buscando bípedos con los que procrearse y evitar así la extinción —nunca había habido sirenos machos —, incursiones de las que luego borraban el rastro gracias a la capacidad hipnótica que podían aplicar a sus besos. Lo que habrían hecho conmigo el día de la excursión a bordo del *Queen Leti* si no llego a huir —por fortuna, las leyes de Igwén ya no eran las de la antigüedad, y ninguna de sus habitantes tuvo que morir — , convirtiéndome en un testigo del que era necesario averiguar a quién había divulgado sus descubrimientos y, por otra parte y felizmente para mí, dejando a Niela fascinada ante el primer hombre que resistía a sus encantos.

Por supuesto, y pese a los asombrosos poderes mentales de que al parecer disponían las sirenas, de las que los besos amnésicos no eran más que un botón de muestra, ella desconocía la existencia de los taponcitos con los que tan eficazmente me había protegido de su música, y no era mi intención que dejara de vivir en la ignorancia

Resultaba difícil de creer el nivel tecnológico que habían alcanzado en la ciudad de Igwén. Aunque al parecer en el casco antiguo todavía era posible encontrarse con lámparas elaboradas a partir de peces abisales, el alumbrado era eléctrico, y el simple hecho de que hubieran podido vaciar un barrio entero, para poder albergar allí a sus prisioneros, se me antojaba una auténtica proeza. Niela había respondido con evasivas a mis preguntas al respecto, aunque finalmente le había conseguido sacar que un grupo de científicos las ayudaba, y estaba colaborando con ellas en un importante proyecto cuyos detalles no hubo modo de que me revelara.

Muchas cosas más me contó ella de las que apenas consigo acordarme, y es una pena porque acaso ya nada queda en pie de la ciudad de las sirenas, y mucho me temo que las maravillas que cobijaba se han perdido para siempre.

—Ven conmigo, cariño, no te pongas nada de ropa que no tenemos un segundo que perder —Niela entró en mi celda hecha una exhalación, sin darme tiempo de admirar su bañador negro, y la riñonera a juego, me agarró de un brazo, casi luxándolo, y un instante después ambos corríamos como balas por los pasillos, sin que nadie nos saliera al paso.

—¿Adónde vamos? —pregunté en cuanto me tropecé con el primer obstáculo del camino, congestionado y seguramente luciendo un bonito color lombarda.

Una mirada furibunda fue toda la respuesta que obtuve de mi atlética rescatadora.

Entramos en una sala terminada en una enorme compuerta y, en frente de ella, Niela por fin atendió a mis ruegos y me paró de otro fortísimo tirón. Cortó en seco una frase que fui a decirle, me limpió el sudor con un pañuelito de encaje que se sacó de la riñonera, me besó, y la siguiente imagen que tengo es de ambos nadando sobre la superficie del Mediterráneo e iluminados por un sol imperial, especialmente si se le comparaba con la semicomatosa bombilla de mi celda, los bloques de Gandía a la vista y siendo lentamente mecidos por las olas hacia la playa.

—¿Qué sucedió allá abajo, cariño? —dije en cuanto estuve lo suficientemente consciente—. ¿El Gran Consejo decidió condenarme a muerte, después de todo?

—No me puedo creer que he hecho lo que he hecho por ti —fue la contundente respuesta—. ¿Tú eres consciente de que por tu culpa no puedo volver a mi ciudad, y de que he traicionado a mi especie y a todo por lo que he luchado? Y, ahora que me fijo, tu estilo es deplorable, cuando se nada a braza hay que meter la cabeza dentro del agua al espirar.

—Niela, eres maravillosa. Nunca te estaré lo suficientemente agradecido...

—¡Lo que menos necesito ahora es la gratitud de un mentecato como tú! —e, inmediatamente después, redobló el ritmo, y me tomó rápidamente varios cuerpos de ventaja. Yo me puse a batir brazos y piernas con todas mis fuerzas, y al cabo de unos dos minutos metros de alocada carrera ella se dejó dar caza.

—Niela, si es necesario que me quite de en medio para que puedas volver con las tuyas, ahora mismo lo hago —dije emocionado—. Me voy a sumergir y no saldré, así que luego llevas mi cadáver a Igwén, te inventas alguna excusa, y seguro que te perdonan. Y no te preocupes, que, aunque muera, el haber estado contigo me compensa de sobra.

—¿Quieres dejar de ser tan melodramático? ¿Quién narices te crees que eres, un caballero de la Mesa Redonda dispuesto a dejarse matar por su dama, pero es que no das cuenta de que, con esa pinta de pánfilo, no cuele ni por asomo? Oh, ¿pero cómo puedes llegar a pensar que podría sobrevivir ni un segundo más sin ti? —me respondió airada Niela, sus preciosos ojos verdes henchidos de lágrimas. Nadé el escaso metro que me

separaba de ella, la abracé con toda mi pasión, y a punto estuve de ahogarme varias veces mientras ella lloraba sobre mi hombro.

Un tiempo impreciso después, ambos caminábamos sobre la arena, cogidos de la mano y sonrientes como colegiales.

—Cariño, creo recordar que ésta es una playa no nudista, ¿no? —me sonrió dulcemente mi sirena.

—Estás en lo cierto. ¿Por?

—Porque te debes de sentir muy libre con toda la churra al aire, cosa que no te reprocho porque así cogerá un poco de sol, y ya no se asemejará a la de un zombi venido a menos, pero tienes un grupo de ancianitas ahí delante que te están observando, y no precisamente fascinadas.

Bajé la mirada y, golpeado por un súbito azoramiento, me cubrí las partes nobles con las manos. Niela arrebató la toalla de baño a un preescolar que construía castillitos, me la colocó a modo de falda y, sin esperar a que los desconsolados llantos de la criatura alertaran a sus padres, ambos salimos escopeteados de allí.

—¿Siempre montas este tipo de espectáculos, Kermit? —me preguntó en cuanto estuvimos suficientemente alejados —. Empiezo a pensar que nuestra vida en común me va a resultar muy divertida.

Mientras caminábamos por la inmensidad de la playa de Gandía, le narré a Niela anécdotas y pequeñas desgracias conmigo de protagonista: perderme en el metro un número

inagotable de veces, y acabar en estaciones que nada tenían que ver con mi destino original; levantarme para bailar con una chica y, sin comerlo ni beberlo, acabar con la mollera dentro de una lámpara que inexplicablemente había brotado del techo; quedar con amigos al lado de talleres llamados exactamente igual que todos los demás del barrio, y pasándome toda la tarde sin encontrarlos, correteando de taller en taller y con un sofoco de agárrate y no te menees; y un largo etcétera, que la sirena recibía con unas carcajadas francas y sonoras, que hacían que me sintiera el rey del mundo y que me olvidara del ridículo que hacía, andando con una toallita de los teletubbies anudada a la cintura. También influían en mi euforia las andanadas de muy poco sana envidia que me disparaban los demás bañistas al verme con semejante cañón, lo cual era una experiencia ciertamente nueva para mí.

—Así que el Gran Consejo me sentenció a la pena capital —dije en cuanto me quedé sin tragedias autobiográficas que pormenorizar—. ¿Cómo fue, se lo pusiste difícil o te ganaron por goleada?

—Bueno, querido, tal y como supongo que sabrás de haberlo leído en los libros, cuando una es un ser superior automáticamente se convierte en el blanco de un raudal de intrigas, y más si no tarda mucho en adquirir una posición casi acorde con sus méritos. Tus enemigas no descansan, tejen día y noche sus redes de maledicencia y calumnia, y en cuanto te encuentran un punto débil no desaprovechan la oportunidad de caer sobre ti cual hienas.

—Vaya, lo siento. Me habría encantado que no te hubieran derrocado, y que yo pudiera haber seguido contigo en Igwén. Habría disfrutado conociendo los portentos del casco antiguo, y nadando en las profundidades como vosotras.

—Eso último habría sido muy difícil, con tu estilo de perro salchicha dudo mucho que te hubiera dejado salir ni a la vuelta de la esquina. En cuanto a lo otro, tarde o temprano me habría pasado lo mismo, la sociedad de Igwén es muy cruel. No hay viejas entre las sirenas, Kermit, con la excepción de reina claro está, en cuanto dejan de ser útiles se les invita cordialmente a que se suiciden.

—Oye, y una cosa que me asombra. ¿Cómo conseguiste que nos dejaran el campo libre? Porque recuerdo perfectamente que la vez que me llevaste al picadero estaba lleno centinelas por todas partes y, en cambio, cuando me rescataste no se divisaba un alma en cien kilómetros a la redonda.

—Eso es un pequeño secreto profesional, y revelártelo iría en contra de todos los códigos deontológicos que me han inculcado desde niña. Además, esta conversación me está empezando a aburrir, me gustaba más cuando me contabas tus hazañas cómicas.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que las... besaste?

—No las dormí en medio de la más virginal de las purezas, si eso satisface tu curiosidad. ¿Podrías dejar de hacerme tantas preguntas?, vas a acabar consiguiendo que me duela la cabeza —me respondió, visiblemente incomodada.

—Ya, entiendo —dije apesadumbrado—. Claro, sois un montón de mujeres jóvenes y guapas, solas y sin un hombre en las inmediaciones, no puedo esperar que os comportéis como la madre Teresa de Calcuta. Y, además, no debo olvidar que, gracias a esas aberraciones, me has podido salvar la vida, en el fondo debería estar contento de que seáis todas una panda de degeneradas.

—La próxima vez te daré la respuesta para todos los públicos, ya que eres tan picajoso —Niela se encogió de hombros.

—No, si tienes razón. Lo que pasa es que... no sé, no sé cómo explicarlo.

Se hizo un ominoso silencio entre ambos, silencio que se mantuvo como una losa mientras andábamos los últimos metros de la playa, cruzábamos la calle y entrábamos en el portal de mi bloque.

—Niela, lo he pensado mejor, y no me importa nada tu pasado —reuní finalmente las fuerzas para quebrarlo—. De hecho, no tengo nada en contra de los *gays* y *lesbianas* pero, compréndelo, una cosa es cómo lo ves en abstracto y otra, bien distinta, cuando le pasa a la mujer que amas. Yo lo único que quiero es que seas mía ahora y para siempre, y que ningún hombre ni mujer se interponga entre nosotros.

—¿"Degeneradas"? ¿"Aberraciones"? Te has referido a mí y a mi pueblo con palabras muy feas ahí fuera, si no me pides perdón, inmediatamente, daré por finalizada nuestra relación y saldré por la puerta —respondió con expresión severa.

Pero un pequeño brillo en el ojo izquierdo la delataba.

Instantes después, ambos subíamos en el ascensor con rumbo a mi apartamento, fundidos en un beso que no olvidaré mientras viva.

Para evitar que en el proceso mis amigos vieran cosas reservadas exclusivamente para mí, Niela había hecho uso de su electroboniato a solas y encerrada en el cuarto de baño, tanto para transformarse de humana a sirena como viceversa. Aún así, el funcionamiento del aparatito parecía muy sencillo: según las explicaciones de la sirena, bastaba con teclear un número y enfocararlo hacia las piernas o hacia la cola de delfín, según el caso.

—Por supuesto, las claves son secretas, y ni por un momento soñéis que voy a cometer la torpeza de desvelároslas — comentó en cuanto se percató de que Paquiño se había apropiado del ingenio, y estaba toqueteándolo con cara de niño travieso—. Y digo claves, en plural, y no clave, que si recordáis vuestra gramática es singular, porque hay bastante más en estos artefactos de lo que os he contado —añadió enigmática.

A continuación extendió mayestática la mano, y Paquiño se lo devolvió, pretendidamente compungido. Lo volvió a meter dentro de la riñonera, y cerró la cremallera con una mirada, entre divertida y reprobatoria, encaminada hacia éste.

—No te pongas así, mujer —se defendió el infractor—. Tan sólo pretendía encontrar una combinación que me librara de estas patas de gallo que tanto afean mi rostro,

porque los ungüentos que se compra aquí doña Flor, para lo único que sirven es para que las libélulas te tomen por un hierbajo silvestre, y te polinicen hasta las orejas.

—¿Cómo tienes tanto morro? —se enfadó Montserratita, que era a quien Paquiño se había referido en su parrafada anterior —. ¿Es que no se va a poder tener ni una pizca de intimidad en este apartamento de locos?

—Lo lamento, Paquiño, pero, por mucho que te emperres, el electroboniato nada puede hacer contra tu avanzado estado de descomposición —dijo Niela, con una sonrisa cautivadora en los labios.

—Bueno, ahora que habéis visto con vuestros propios ojos que efectivamente es una sirena, ¿os vais a creer por fin lo que os hemos contado antes? —intervine yo.

—Lo que no me puedo creer es que tuvieras los huevazos de robarme el “cuatro latas” —se lamentó Braulio —. Yo alucino contigo, macho.

—Lo siento, ya te he explicado antes que era el único en todo Gandía que no tenía barra antirrobo. Cualquier otro me hubiera resultado imposible.

—Podrías haber tenido el detalle de pedírmelo. Hombre, ten muy claro que un coche mío no se lo presto ni al campeón del rally para motocarros de mi pueblo, pero aún así tu deber como amigo era agotar todos los cauces legales.

—Además, nos vino muy bien que huyeras en la carraca milenaria de Braulio y no en cualquier otro vehículo —apuntó Niela —. Nuestros cálculos eran que, en cuanto

ventearais el peligro, intentaríais volver todos a Madrid, y colocamos un dispositivo en el motor para que lo averiase justo antes de que llegais a la gasolinera.

—Oye, Niela, por cierto —preguntó Montserratita —, ¿qué hicisteis con el coche? ¿Merecería la pena que fuéramos a recogerlo?

—Como bien puede corroboraros Kermit, la eficacia de nuestro departamento de eliminación de pruebas incriminatorias es legendaria. Os podría indicar la zona del mar donde suelen arrojar los restos de los objetos sobre los que trabajan, pero sinceramente dudo mucho de que encontrarais más allá de una aglomeración de hierros retorcidos.

—Me parece inconcebible, mi Susanita convertida en chatarra submarina —Braulio prosiguió su retahíla de quejas —. Para que te enteres, Kermit, ese coche que tan alegremente me robaste lo habría vendido en dos duros tirando por lo alto, pero tenía un valor sentimental incalculable para mí

—Braulio, tú sabes que soy una persona paciente y a veces llego a resultar pusilánime de puro buenazo — le replicó Paquiño —, pero me estás empezando a poner de tan mal café que el toro Islero, a mi lado, es el corderito de Heidi. Nuestro cleptómano amigo no sólo ha descubierto una civilización perdida y una especie que todos creíamos que era imaginaria pura, como el número “i”, sino que encima se ha echado una novia que está como para mandarla al museo de pesas y medidas de París como cuerpo patrón. ¡Si con lo que se va a sacar de salir en todos los programas de la tele te va a poder comprar no sólo una escudería de “cuatro latas”, sino además un piso en Alcobendas y un puesto en el Rastro para que vendas los productos de tu tierra!

—Muchas gracias por el piropo, Paquiño —la sirena reclamó autoritaria nuestra atención—. Y ahora escuchadme todos, que es hora de que hablemos de cosas serias.

Lo que nos contó a continuación nos dejó como si un tren de pasajeros nos hubiera pasado por encima.

No sólo nosotros corríamos peligro, en nuestro caso porque las sirenas a las que Niela había dormido estarían despiertas al cabo de cinco horas, y no era su costumbre dejar impune una afrenta así, sino que la humanidad entera estaba al borde de una catástrofe de inimaginables dimensiones, que no era descartable que le pudiera llegar a conducir a la extinción. El proyecto que Niela me había mencionado de pasada, allá en el picadero de Igwén, no era ni más ni menos que la creación mediante manipulación genética de un retrovirus garantizado para provocar una muerte atroz en todo humano expuesto a él, capaz de propagarse por el aire y de asolar ciudades enteras en cuestión de minutos, y con una estructura interna tan compleja que haría prácticamente imposible el que se encontrara una vacuna contra él. Las sirenas querían vengar así la destrucción de las ciudades de su antiguo imperio, y atajar de paso la degradación de su hábitat producida por nuestra así llamada civilización.

Precisamente para obtener fondos para dicho proyecto, era por lo que habían tomado prestados a los potentados que tenían acogidos en sus celdas de tan exquisita decoración.

—Una aclaración —le preguntó Montserratita—. Si vosotras necesitáis a los hombres para reproduciros, y nos matáis a todos, ¿no os extinguiríais vosotras también?

—Entre las pilas de detritus que tenéis desperdigados por este vuestro apartamento, distingo algunos periódicos no deportivos, así que lo mismo estáis al corriente. Veréis, hace unos días los depósitos de la sede central de un banco de semen de Barcelona volaron en su totalidad, sin que nadie acertara a explicarse el cómo. No os aburriré con los detalles de la operación, pero supongo que no dudaréis de mí si os digo que ahora están en una cámara acorazada en Igwén, y con ello y con otros botines semejantes tenemos reservas para mucho tiempo. Aparte de que gracias a los científicos que nos ayudan, la clonación no tiene ningún secreto para nosotras.

—Bueno, pues habrá que denunciarlo, ¿no? —inquirió Braulio—. Con que los americanos manden la Sexta Flota a pegarles unos cuantos pepinazos, imagino que será suficiente.

—No, Braulio, ella nunca nos revelará las coordenadas de Igwén —respondí—. Ni a nosotros, ni mucho menos a la Guardia Civil o a los Estados Unidos. Si has estado escuchando, recordarás que las demás ciudades fueron borradas del mapa por nuestros antepasados, y por mucho que Niela se haya venido conmigo, no por ello deja de ser una sirena, y por tanto nunca traicionará a las suyas.

Si existe el paraíso debe de ser algo así como la mirada de adoración con que Niela me asaeteó entonces, y que a punto estuvo de tirarme al suelo.

—¡Pues no lo entiendo! —protestó ruidosamente Braulio—. ¿Para qué diablos nos cuentas esas historias si luego no nos dejas hacer nada al respecto? ¿Qué pretendes, que nos quedemos quietos como pajarillos asustados, mientras tus compinches preparan nuestra aniquilación, o qué?

—No tenéis las manos tan atadas como tú piensas —respondió conciliadora la sirena—. Si os he explicado todo esto es porque creo que hay una posibilidad de acabar con el peligro sin necesidad de, para ello, acabar con mi especie. El laboratorio donde trabajan los científicos de los que os he hablado no está muy lejos de aquí, y si les hacemos una visita tal vez conseguiremos enterarnos de cómo van de avanzadas sus investigaciones, y luego veremos qué medidas se pueden tomar.

—¿Y a qué estamos esperando? —se levantó enérgica Montserratita.

Ironías del destino, las instalaciones en donde los aliados de las ninfas del mar preparaban su apocalipsis se encontraban a apenas tres kilómetros del chalet donde, antiguamente, veraneaba el Presidente del Gobierno.

—¡No me lo puedo creer, para venir de Gandía a Oropesa nos han hecho tragar todos los pueblos, aldeas y tugurios de mala muerte de la Comunidad Valenciana, uno por uno, porque no estamos en época de fallas que si no yo los pegaba fuego a todos! —exclamó Paquiño, nada más salir del autobús—. ¡Y todavía tenemos que agradecer que al conductor no le haya dado por pasarse por Katmandú a saludar a su amigo el yeti, al que

si os habéis fijado se parecía como dos gotas de agua, que si no aún estamos dando vueltas por esas carreteras infestadas de infieles!

—Montserratita, ¿ya te ha dado tiempo de comprarte un mapa de Oropesa? —preguntó sorprendido Braulio—. ¿Cómo lo has hecho?, si no hace ni diez segundos que nos hemos bajado de la tartana esa.

—No, lo tenía en el apartamento —respondió la interpelada, mientras cuidadosamente desplegaba el plano—. Ahora, por favor, no me desconcentres, que voy a ver si localizo la calle donde está el laboratorio.

—O sea, que te vienes a veranear a Gandía y te traes mapas de Oropesa y de vete a saber cuantos sitios más. Eres la monda, de verdad que nunca dejarás de sorprenderme. Oye, no tendrás uno del valle del Genil, que estoy pensando en comprarme unos terrenitos por ahí para cultivar alcachofas.

—¿Ésta? —intervino Paquiño—. Ten por seguro, mi querido amigo, que aquí la doctora Livingstone lleva consigo hasta cartas de navegación del río Orinoco y de todos sus afluentes, no sea que un día se ligue a un indio yanomami y no sepa de qué hablar con él.

—Menos cachondeo, a ver si os voy a tener que atizar —intentó camuflarse la risa Montserratita.

—No os preocupéis, chicos —sonrió divertida la sirena—, que me sé el camino.

Nos internamos a continuación en las abigarradas calles del centro del pueblo, Niela y yo unos metros por delante, agarrados de la cintura y provocando conatos de accidente de circulación a nuestro paso.

—Me han caído muy bien tus amigos —me dijo ella mientras miraba un escaparate—. Tenéis un concepto del orden y la limpieza con el que no coincido exactamente, y desde luego como buscadores de gangas inmobiliarias no tenéis precio pero, dejando aparte esos dos pequeños inconvenientes, sois un grupo muy simpático.

—Sí, y tú también les has impresionado muy favorablemente a ellos. No veas cómo te puso Paquiño en un momento en que estábamos los dos solos, te lo repetiría palabra por palabra si no fuera por que hay niños cerca que podrían escucharlo.

—Todo un personaje, Paquiño —respondió, y afloró una media sonrisa a sus labios que no terminó de caerme en gracia.

El hacinamiento de casas, bares, tenderetes, muchedumbres, colores alegres y olor a comida del centro dio paso a un paseo marítimo que se prolongaba hasta poco antes de la línea del horizonte, y que lindaba hacia el este con una llanura de arena tachonada de sombrillas y bañistas, y con el mar allá a lo lejos. Iniciamos su recorrido con una gozosa brisa de salitre encharcando nuestros pulmones, pero en silencio, con los corazones, o el mío al menos, henchidos de temores y malos presagios. Lo cual era muy lógico, puesto que el mundo entero se iba a jugar su futuro con nosotros, y con la excepción de Niela ninguno valíamos un rábano como paladines de nada.

A una indicación de la sirena, nos internamos en una calle lateral y, poco después, paramos en un punto desde el cual se divisaba un chalet enorme, con paredes blancas y un frondoso jardín de vegetación mediterránea. El lugar entero irradiaba quietud, resultaba difícilmente concebible que dentro de él se estuviese preparando semejante hecatombe.

A continuación Niela nos congregó a todos y nos susurró el plan de acción.

—Por las informaciones que tengo, dentro de la casa hay cinco sirenas armadas hasta los dientes. Bien, si atacamos todos en plan Errol Flynn y sus valientes mamapollas, lo normal es que nos acribillen a balazos antes de que ninguno de nosotros haya llegado siquiera al porche. En cambio, si me dejáis a mí ir sola tengo dos importantes ventajas: uno, que las guardianas del turno de hoy me conocen y, de hecho, una de ellas es íntima amiga mía; y dos, que al no haberse despertado todavía la gente a la que dormí en Igwén, todavía no están al corriente de que me he pasado al enemigo. Así que vuestra misión es quedaros aquí quietecitos, asegurándoos de que nadie del interior os vea el pelo, y esperar a que os dé una señal. ¿Alguna objeción?

—Hombre, no sé. A mí me recuerda un poco demasiado a la estrategia de Napoleón en la batalla de Austerlitz —apuntó Paquiño.

A continuación Niela fue hacia la verja, habló por el portero automático, y unos segundos después desapareció de nuestra vista. Mientras aguardábamos su regreso, Paquiño deleitó a Montserratita y Braulio con anécdotas lúbricas vividas por él con las castañeras de la zona de Embajadores, pero yo no estaba por distraerme porque, por más que quisiera, no podía apartar la mente de cómo mi novia estaría quitándose de enmedio a las centinelas.

Al cabo de media hora, una voz que reconocimos como suya nos llamó a través del portero automático y nos ordenó que pasáramos.

Obedecimos, y nada más cruzar la puerta nos encontramos en un pasillo al que convergían diversas habitaciones atestadas de ordenadores y otros cachivaches presuntamente electrónicos, recubiertos todos ellos de pegatinas de conejitas del *Playboy*, y unas escaleras que daban a una planta superior. En la base de esta última distinguimos la monumental figura de Niela, reclinada sobre el pasamanos y mesándose sensualmente los cabellos, rodeada de unos viejecitos en bata blanca que la observaban como si fuera la mismísima teoría de la relatividad. Una belleza rubia de rasgos similares a los de la tenista Anna Kournikova yacía en el suelo inmediatamente a sus pies, con una metralleta en su regazo y un bikini infinitesimal.

—Anda, mira, Braulio, ésta es la chica que te ligaste el otro día en el Naranjitos —afirmó Montserratita en cuanto nos unimos al grupo.

—¿Sí, me quieres decir que triunfé con este pedazo de tía? Ay va, esto lo cuento en el pueblo y no se lo cree nadie. Niela, a ver si me puedes rectificar el hechizo, que tiene maldita la gracia que no me acuerde de nada.

—A ver, chicos, hacedme un poco de caso —reclamó nuestra atención la sirena—. Estos son los doctores Escorbuto, Mirindovsky, Ficomiceto, Cobayamán, Pitecantropi y Telequinesio, *cum laudes* todos ellos por las más prestigiosas universidades de Europa y Estados Unidos, autores de publicaciones de obligada presencia en toda biblioteca que se precie de serlo, galardonados con premios comparables aunque no tan asquerosamente

comerciales como el Nobel y, para finalizar, aunque no es ni de lejos la menos destacable de sus cualidades, unos animales arrebatadoramente sexys.

—Y primer bandurria de la tuna de mi facultad, no se olvide, señorita —sacó pecho orgulloso el doctor Pitecantropi.

—Por supuesto, debió usted de romper muchos corazones en aquellos tiempos —le sonrió meliflua Niela, haciendo que se le subieran los colores al sabio—. Bueno, doctores, les presento a Montserratita, Braulio, Paquiño... y este bulto sospechoso que pretende abrirse paso hacia mi derecha que, si la memoria no me falla, responde al nombre de Kermit.

Nos dimos entonces los apretones de mano y besos protocolarios, yo disimulando profesionalmente mi desazón ante el comportamiento de la que oficialmente todavía era mi novia, y especialmente ante el último corte que me acababa de dar.

—Señores, tal como he tenido el inmenso gusto de indicarles anteriormente, tenemos asuntos muy graves de los que preciso tratar con ustedes —dijo Niela a continuación—. Creo que el salón de esparcimiento que tienen ustedes en el piso de arriba sería un lugar muy adecuado para la reunión, si no les parece mal.

Nadie dijo nada en contra e iniciamos la ascensión de las escaleras, Niela liderando majestuosa el pelotón, los doctores inmediatamente detrás de ella y analizando, mediante las leyes de la física, el prodigioso cimbreo de sus caderas. Una vez en la planta superior, seguimos por un extenso corredor al cual daban dormitorios y otros también caóticos laboratorios, en algunos de los cuales alcancé a ver hermosas mujeres tendidas en el suelo.

Terminamos en una amplia sala amueblada con sillones, una biblioteca, varias mesitas con fotonovelas y revistas infantiles, un par de máquinas recreativas, y retratos en las paredes de personajes de la farándula, entre los cuales afortunadamente no figuraba José Luis Rodríguez, “el Puma”.

—¿Qué diablos te crees que estás haciendo, Paquiño? —la voz de Montserratita se elevó a mi espalda—. ¡Anda, que si te viera tu madre lo que iba a pensar!

—¡Nada, mujer, tampoco hace falta que te pongas así! Tan sólo quería comprobar sobre el terreno que la jaca esta efectivamente estaba dormida —me giré discretamente y atisbé a mi amigo emergiendo de una de las habitaciones que recordaba no vacías, con una mueca chistosa que se podía catalogar a la legua como de sátiro.

Una vez ya todos dentro de la sala, sin excepciones, Niela se sentó en una butaca, realizó un cruce de piernas que me puso un nudo en la garganta y tomó la palabra, aunque pronto nos percataríamos de que el único público al que se dirigía eran los científicos.

—Como dado lo prodigioso de sus cerebros supongo habrán deducido, por razones que no vienen al caso he abandonado mi ciudad natal y he decidido establecerme en tierra firme. No lo voy a negar, mi idea a medio plazo es encontrar un hombre con el que compartir mi vida, puesto para el que les confesaré que busco a alguien que destaque por su intelecto más que por sus ridículas cualidades físicas. Incluso, dado el horror que siempre he sentido por la monogamia y lo mucho que me están impresionando, se me ocurre que acaso podría cohabitar con todos ustedes a la vez, aunque hasta que encuentre trabajo y piso prefiero no dar rienda suelta a mi imaginación. Y bien, aquí radica el problema, porque, de

cuando residía en Igwén, sé fehacientemente que ustedes están preparando un virus que acabará con la humanidad, y por tanto con mi elegido o elegidos y con toda mi numerosa prole. Precisamente por eso he venido aquí, acompañado de estos acólitos que no sé a cuento de qué se me han pegado, para informarme de primera mano acerca de cómo van sus investigaciones, y de si podré consagrar tranquila mis noches a esparcir la felicidad entre todos los hombres a quienes deseo.

—No se preocupe usted, señorita Niela —respondió el doctor Escorbuto —ninguno de nosotros está dispuesto a fabricar esa arma que tan admirablemente ha descrito. Todos los planos y resultados de pruebas que usted ha visto no son más que trucajes, simples apaños para tener contentas a nuestras carceleras y que nos sigan haciendo esas cositas que tanto nos gustan.

—Pero hemos hecho otras innovaciones muy útiles, especialmente yo—se jactó con acento extranjero el doctor Mirindovsky —. La clonación, por ejemplo, y los electroboniatos.

—Sí, debo reconocer que sus inventos nos han sido de gran ayuda. Cada vez que rememoro las lavadoras que nos teníamos que echar a la espalda cada vez que queríamos ir a tierra, y las horribles tortícolis que nos ocasionaban, se me cae el alma a los pies, y siento un impulso irrefrenable de entregarme de cuerpo y alma a los héroes que nos libraron de semejante tormento.

—Señorita Niela, ¿me podría hacer un favor? —se puso colorado el doctor Pitecantropi —. ¿Podría entregarme un mechón de su precioso pelo?

—¡Mi querido amigo, es usted un donjuán, ese es el cumplido más bonito que me han hecho en los días de mi vida! —los ojos de la sirena adquirieron un fulgor que me hizo rechinar los dientes de rabia—. No, mi apreciado doctor, no puede ser y le voy a explicar el porqué. Con lo picarones que son ustedes no esperarían ni un segundo para clonarme, y tal vez incluso varias veces, con lo que yo pasaría a ser una Niela más del montón, y eso me pondría muy difícil las cosas para que siguiera siendo su diosa del amor y de la belleza. De todas formas, sus hermosas palabras han calado hasta lo más hondo de mí, siempre las llevaré conmigo dentro de mi corazón.

Se hizo a continuación un maremágnum de piropos alrededor de la sirena, todos los sabios rivalizaban entre ellos a ver quién era el que le dedicaba la frase más romántica y ella les replicaba con todo su repertorio de sonrisas amorosas, no faltaban codazos, empujones e incluso pisotones en la trifulca. Montserratita, Braulio, Paquiño y yo asistíamos atónitos al espectáculo, preguntándonos en voz baja qué se podía esperar de la ciencia en España con semejante panda de oligofrénicos.

—Mis queridos doctores, ha llegado la hora de que les deje —les interrumpió finalmente Niela—. Me los llevaría a todos conmigo, pero les repito que necesito unos días para establecerme antes de dar rienda suelta a mis bajas pasiones. Llegado este, créanme que también para mí, triste momento, les voy a explicar lo que vamos a hacer a continuación. Bien, por razones obvias me es necesario que ninguno de ustedes se acuerde posteriormente de lo que ha pasado en este rato, y para ello los voy a adormecer mediante un beso muy apasionado. Ya sé lo que están pensando todos ustedes, preferirían atesorar una memoria de estos maravillosos minutos para tenerla presente en las largas noches de

invierno, pero les aseguro que si se portan bien es más que probable que algún día nos volvamos a ver.

Rápidamente se hizo una fila india frente a la sirena, y ésta fue abrazando y besando uno por uno a los científicos, que a continuación caían desplomados sobre el suelo con unas jetas de benditos que me daban ganas de patear. Paquiño hizo ademán de ponerse en la cola, y lo sujeté con tal violencia que me miró sorprendido y después se echó a reír.

—Voy a completar el tratamiento de las guardianas, que antes no me dio tiempo —dijo Niela no bien el último doctor hubo sucumbido—. Vosotros esperadme aquí.

Inmerso como estaba en mis negros pensamientos, ni me percaté de que Paquiño hizo caso omiso a la orden. Tampoco hicieron nada Montserratita y Braulio por advertirme, la primera tal vez porque estaba examinando un aparatito que había extraído de su mochila.

—¡Paquiño, vuelve ahora mismo con tus compañeros, y que ésta sea la última vez que te pillo espiándome! —la encolerizada voz de Niela rompió súbitamente el silencio.

—Mujer, si te pones tan negativa y no me dejas hacer las prácticas obligatorias, explícame cómo diablos me voy a sacar la oposición a agente del Mossad —intentó una tibia protesta la voz del infractor.

Volvió Paquiño al poco tiempo, boquiabierto.

—¡No hables, no digas nada, ni se te ocurra emitir un solo sonido! — exclamé, dando rienda suelta a toda mi furia contenida—. ¡Sé de sobra lo que has visto ahí fuera, así que como se te ocurra comentar nada no respondo de lo que pueda pasarte!

—Kermit, si crees que te voy a criticar por ligarte a una bollera desenfrenada, incapaz de resistirse ante la visión de un potorro indefenso, pues has acertado de lleno, amigo mío. ¡Porque, vamos, hace falta ser rematadamente calzonazos para quedarse aquí gruñendo como un perrito faldero, y mientras tanto tu por así llamarla novia montádoselo con las cinco Barbies fusileras, a las cuales Montserratita no me dejó ni acercarme antes! ¡Y qué arte, amigo mío, después de lo que han visto mis atónitos ojos ya no podré volver a mi sala X favorita sin sentirme estafado! ¡Y porque, aunque no te lo creas, soy tan bueno que me falta muy poco para tener un hula-hop encima de la sesera, que si no te puedes imaginar lo que te soltaría acerca de los cebollinos estos a los que sedujo previamente!

—remarcó esta última frase mediante un fortísimo puntapié al estómago del doctor Cobayamán, ante el que éste ni se inmutó.

—Paquiño, déjalo, que no entiendes nada.

—¡No, el que lo has cogido todo del revés eres tú, amigo mío! ¡A las mujeres hay que tratarlas con mano dura, ésa es la única manera de que te respeten y sepan quién es el amo! ¡Tu sigue así, consintiéndola hasta su último caprichito y dejándola que haga de su capa un sayo, que lo único que conseguirás es que te deje por el primer motero que la lleve cuatro veces en su Harley!

—Cierra el pico, Paquiño —intervino airada Montserratita —, sigue diciendo esa ristra de tonterías y te prometo que te dejo de dirigir la palabra. Además, estoy oyendo los pasos de Niela por el pasillo, así que a ver si ahora tienes el valor de repetírselas cara a cara.

—No es necesario, tienes una voz tan estridente que es imposible no quedarse ensordecida por ella en un radio de veinte leguas —Niela entró en la habitación andando como una diosa terrible, y lanzando relámpagos con la mirada —. Así que no sólo te dedicas a espiarme, sino que encima intentas azuzar a Kermit contra mí. Tú no puedes juzgar mis actos, de los aquí presentes sólo hay una persona a la que se lo permito y ni remotamente eres tú. Espero que cuando se te pase la crisis histérica, tendrás la hombría suficiente para pedirme disculpas.

Paquiño no fue capaz o no quiso responder.

—Bien, ahora ya sólo quedáis vosotros —continuó la sirena —. Montserratita, Braulio, Paquiño, poneos en fila.

—¡De ninguna manera! —exclamé, fuera de mí —. ¡Ya está bien, esto sí que no lo voy a permitir! ¡Por encima de mi cadáver vas a besar a nadie más!

—Pero, cariño...

—¡Ni peros ni nada! ¡La respuesta es no, y ésta es mi última palabra!

—Ya me explicarás las razones de tu comportamiento, espero. Está bien, nos vamos, antes de que despiertes a toda esta gente con tu griterío.

Abandonamos el chalet en un silencio sepulcral, Niela como siempre liderando el grupo. Una vez fuera, me alejé unos metros de los demás y dejé a la sirena discutir nuestro siguiente paso con Montserratita. Me senté en el bordillo y hundí la cabeza dentro de las manos, meditando profundamente.

Y creo recordar que entonces observé que Braulio caminaba en círculos por la calle, y también con una cara de muy pocos amigos a la que no fui capaz de dar la importancia que se merecía.

—¿Así pues puedo estar tranquila de que se te ha pasado el enfado, amor mío?

—Así es, Niela, debo reconocer que me he comportado de nuevo como un estúpido celoso. Aunque tus métodos para someter al enemigo son como para colgarte del palo mayor, esto es lo que hay, y no debo olvidarme de que es gracias a ellos que sigo vivo, y estoy aquí contigo y no en algún lugar en el que no quiero ni pensar.

El sol finalmente había decidido dar por concluido ese agitado día y emitía sus últimos rayos antes de ocultarse detrás del seto del jardín del hotel de Castellón en el que nos habíamos refugiado, y en cuya piscina pasábamos unas merecidas horas de asueto. Montserratita, Paquiño y Braulio dormían a pierna suelta en sus tumbonas, y Niela y yo compartíamos el reducido espacio de mi toalla de los teletubbies, sobre cuya superficie dirimíamos nuestras pequeñas diferencias conyugales.

—Pero qué acomplejados sois en el fondo todos los hombres, tanto que os las dais de fuertes y viriles. ¿Pero no te das cuenta de que, si quisiera dejarte, me bastaría con elevar la mano para que todos los chuloposturas de las playas me pidieran en matrimonio?

—La humildad es una de las cualidades tuyas que más aprecio — esboqué una tímida risilla —. Hay que ver qué cosas se oyen por aquí.

—Ay mi celosín, vas a acabar haciéndote amigo de las farolas de tantos disgustos que te voy a dar —la sirena se acostó sobre mí, y me dio un dulce beso en la frente—. Por cierto, estoy viendo que el socorrista es un chaval muy mono, estoy seguro de que tendrá un montón de cosas de las que debería olvidarse. ¿No te importará, cariñín?

—Vete al cuerno, corazón mío —respondí, y sin más dilación procedimos al acaramelamiento de rigor.

—¿Hay algún colegio de monjas cerca de donde tú vives? —Niela dejó un beso en la mitad y me obsequió con su adorable sonrisa lanzapuyas—. No sé si te lo he comentado, pero uno de mis grandes intereses ha sido desde siempre la educación de la juventud, y especialmente si llevan falditas plisadas.

—Vivo en un iglú en medio de la tundra, no vas a tener ni una sola ocasión de ponerme los cuernos.

Proseguimos, y al cabo de unos minutos de dicha Niela se bajó y recuperó su posición inicial encima de la toalla.

—Ahora en serio, Kermit, necesito que me dejes hipnotizar a tus amigos. Aunque de ti me fío, cuando vayamos a Madrid no quiero que nadie más sepa que soy una sirena, y menos aún que empiecen a circular habladurías acerca de lo que ha pasado hoy.

Compréndelo, por nada del mundo deseo que los vecinos te corten el saludo por mi culpa, ni que nuestros hijos sean unos apestados con los que nadie quiere jugar.

—Está bien, accedo, siempre y cuando lo hagas en algún momento en que estemos solos. No quiero que la gente del hotel se piensen que soy un cornudo. En cuanto a lo de los hijos... ¿te importaría repetírmelo, por favor?

—Cariño, con todas las veces que hemos hecho el amor, tendrías que tener un semen de muy mala calidad para no haberme dejado ya embarazada.

—Hombre, tampoco creo que haya tanto peligro. Te recuerdo que las veces que lo practicamos en el apartamento de Gandía usamos preservativo.

—Ah, no te preocupes por ese detalle sin importancia, siempre llevo alfileres en mi riñonera para ese tipo de emergencias. Kermit, ¿te encuentras bien?, te veo muy pálido de repente.

Y justo entonces, mientras yo intentaba recuperarme del susto, ella se levantó como un resorte y se quedó inmóvil, los ojos apuntando al infinito y con una expresión de profunda concentración. Intenté preguntarle qué le sucedía, pero acalló mis palabras de un gesto con la mano.

—¡Algo muy grave está pasando en Oropesa! —exclamó cuando salió del trance—. ¿Alguno de vosotros ha ido con el cuento a la policía? ¡Rápido, necesito saberlo!

Montserratita y Paquiño, bruscamente arrancados de sus letargos, negaron con la cabeza. Yo me incorporé, puse mi mejor cara de consternación y murmuré algo escasamente inteligible.

—Braulio, ¿has sido tú el que me ha traicionado? ¡Dime la verdad, por amor de Dios!

—Sí, he sido yo —respondió el aludido, visiblemente incómodo ante la furibunda mirada de la sirena—. Lo siento, Niela, tú me caes muy bien, pero no me fío un pelo de los tarados esos. Con lo chochos que están, cualquier día les da descubrir el virus a cambio de una sesión doble de caricias en el cogote, o vete a saber qué otro tipo de paridita, y colorín colorado la humanidad se ha acabado. Por eso, cuando os habéis puesto todos a dormir la siesta, me he ido al cuartelillo más cercano, llevando como evidencia una grabación que hizo Montserratita de estrangis.

—¿Para eso querías la cinta? —le increpó ésta, el rostro envuelto en lágrimas—. ¡Tú me dijiste que simplemente la querías escuchar! ¡Perdóname, Niela, te juro que yo no pensaba que iba a pasar esto!

—Os dejo, me vuelvo a Oropesa antes de que sea demasiado tarde —la sirena se vistió rápidamente y echó a correr. Me dio el tiempo justo de ponerme las zapatillas de deporte antes de que saliera del jardín, le supliqué a grito pelado que no se fuera sin mí, y al ver que no me hacía ni caso me lancé a tumba abierta en su pos. Se entabló una furiosa persecución por los pasillos y salones del hotel, desplazándose ella con la gracilidad de un cisne y yo haciendo ímprobos esfuerzos por no chocarme con los clientes y muebles que se

cruzaban en mi camino, y finalmente alcancé a darle caza mientras abría la puerta de un taxi que acababa de interceptar. Ni se inmutó cuando llegué, entramos, nos sentamos, y ella le indicó al taxista su destino.

—¡Esperadnos, esperadnos! —se oyeron las congestionadas voces de Montserratita y Paquiño mientras el conductor giraba la llave del contacto—. ¡Que nosotros también queremos ir!

El taxi paró de un frenazo seco enfrente del cuartelillo de la Guardia Civil de Oropesa, y Montserratita se quedó pagando mientras lo demás lo abandonábamos y nos introducíamos en el edificio. Y cuál sería mi sorpresa cuando, nada más traspasar el umbral de la puerta principal, detecté la oronda presencia de un viejo conocido.

—¡Sargento Mimosín! —exclamé—. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué le trae a usted por aquí, tan lejos de su *Playstation*?

—Ah, querido amigo, es un verdadero placer verle por estos pagos —el sargento, que estaba departiendo con el agente encargado de la atención al público, me saludó con una amplia sonrisa—. Viene usted a entregarse, supongo.

—¿A entregarme, ha dicho? —pregunté perplejo—. ¿Por qué motivo iba yo a tener que entregarme?

—El lactante Sadurní Monedilla nos ha visitado esta mañana, interrumpiéndonos una de las pausas para café preceptivas de los Estatutos de nuestro Cuerpo, y ha formulado una denuncia. Al parecer, una espectacular señorita muy parecida a su amiga, acompañado de un bañista en porretas cuya descripción coincide punto por punto con usted, se valieron de la intimidación y la fuerza para robarle una toalla de los teletubbies, y ni siquiera sus desconsolados berridos fueron capaces de conmovernos y hacerles desistir. Ya me perdonará —se dirigió a Paquiño —que la denuncia no le mencione a usted, pero no se preocupe que enseguida amañamos unas pruebecitas para incriminarlo como cómplice.

—No se moleste, mi sargento —se defendió éste —, que ya tengo varios juicios pendientes en Madrid, por practicar mis aficiones en la vía pública.

—El susodicho lactante se muestra dispuesto a perdonar a la señorita, siempre y cuando ella acceda a leerle un número todavía no especificado de cuentos en minifalda. A cambio, exige tajantemente que todo el peso de la justicia caiga sobre ustedes dos, y sobre la otra señorita que acaba de entrar —aludió aquí a Montserratita, que por fin había conseguido concluir el engorroso trámite de pagar al taxista.

—¡Pero, mi sargento, no puede hacer eso! —protesté —. ¡Usted me conoce, y sabe que todo lo que hago es únicamente en beneficio de España! De hecho, le juro que nuestra intención era cambiarle la toalla por otra del General Moscardó, lo que pasó fue que el crío nos pilló y tuvimos que salir por patas.

—Amigo mío, el altruismo de sus propósitos sólo admite parangón con lo inoperante de sus actos. El lactante que les ha acusado tenía toda el aspecto de ser un

votante de Unió Valenciana, y mi triste experiencia es que esa gente está más allá de todo intento de evangelización. Pero, en fin, aunque no les aseguro nada, existe la nada desdeñable probabilidad de que su expediente sea traspapelado, especialmente dada la piromanía galopante que impera entre los anarquistas que tengo como subordinados.

—Oh, muchas gracias, mi sargento, me quita un peso de encima. Y cuénteme, ¿cómo es que está usted aquí y no en Gandía?

—Es alto secreto, pero se lo explicaré de todas formas. Bien, mis colegas de Oropesa han arrestado a un grupo de muchachas que tenían retenidos, aunque no exactamente en contra de su voluntad, a un grupo de eminentes científicos, y parece ser que eso podría guardar alguna relación con los secuestros que investigo yo. Y no le diré más, pero quédese con la copla de que nuestro amigo Icosaedri podría tener más razón de la que usted y yo suponíamos.

—Pues precisamente por eso hemos venido nosotros. Verá, mi amiga —señalé con la mano a Niela —no sólo colabora conmigo en la lucha contra el bolchevismo y la masonería, sino que además es licenciada en Derecho, y precisamente ha sido asignada de oficio para llevar la defensa de esas delincuentes.

—¿De veras? Señorita, será un verdadero placer discutir con usted los pormenores del caso, estoy seguro que cualquier precepto o regulación enumerado por usted sonará a música celestial. Con semejantes profesionales de la abogacía no es de extrañar el súbito aumento de las vocaciones criminales en este país, yo mismo, sólo de verla, estoy sufriendo unas tentaciones locas de desfalcar los fondos para viudas y huérfanos del Cuerpo.

—Es usted muy galante, sargento Mimosín —Niela le obsequió con una engatusadora sonrisa—. ¿Tendré el inmenso gusto de que me escolte a la celda donde me aguardan mis clientas?

Se fueron por un corredor, cogidos del brazo e intercambiando requiebros a los cuales esta vez hice oídos sordos, y los otros tres expedicionarios nos quedamos en el recibidor, aguantando estoicos las despectivas miradas de los guardias civiles que pasaban.

—Oye, Paquiño —rompí el silencio al cabo de un tiempo—, hay una cosa que me intriga. Conociéndote, dudo mucho de que te hayas arrepentido de lo que dijiste de Niela hace unas horas, y supongo que lo que más te apetecería es que la metieran en una cárcel por el resto de su vida. Entonces, ¿cómo es que has venido con nosotros, no habría sido más lógico que te hubieras quedado en el hotel con Braulio?

—Mira, Kermit, si tu idea de la felicidad consiste en hacer el bobo ante una ninfómana que todavía no se ha aclarado acerca de a qué sexo pertenece, y eso pese a que tiene horas de vuelo como para que le convaliden la estancia entera en Top Gun, pues poco puedo hacer yo por que entres en razón. Ahora bien, para mi desgracia resulta que soy amigo tuyo desde tu más tierna infancia, y mi deber como tal es acompañarte al quinto infierno si hace falta, porque dime tú si no quién va a recoger tus pedacitos cuando los acontecimientos sigan su curso lógico, y Miss Amor Eterno te abandone por la primera camionera con voz de cazalla que se le ponga por delante.

—Gracias, tío —respondí emocionado—. Nunca me olvidaré de esto.

Paquiño se limitó a mostrar su desaprobación negando con la cabeza y se alejó unos pasos de nosotros. Con tan buena fortuna que encontró, sobre una mesa, un objeto que inmediatamente le resultó familiar.

—¡Anda, fíjate, si se han dejado aquí un electroboniato! —exclamó risueño—. ¡Venga, de esta vez no pasa que adivino la contraseña! —y se puso a jugar con el aparatito, poniendo caras de chimpancé mientras probaba toda suerte de combinaciones.

Un guardia civil se le acercó, supongo que para reprenderle, pero la atención de todos los presentes fue inmediatamente distraída por el resplandeciente retorno de Niela. Quien avanzó mayestática hacia mi posición, me acarició un michelín e introdujo la punta de la lengua en mi tímpano derecho.

—Ya está, cariño —me susurró—. Los torturadores estos tienen a mis pobres clientas esposadas y amordazadas, por alguna razón su música les intranquiliza y al parecer necesitaron la intervención de fuerzas especiales para arrestarlas, pero eso no ha representado ningún problema porque me he comunicado con ellas telepáticamente. La fuga es esta noche, y ya lo tenemos todo perfectamente organizado.

—Vaya, no sabes cuánto me alegro —dije tan suavemente como pude.

—Sin tu ayuda me habría sido todo muchísimo más difícil. No sabes cuánto te lo agradezco, Kermit —y cuando a continuación me mordió el lóbulo creí haber alcanzado el séptimo cielo.

—¡Ay va, menuda secuencia se me acaba de ocurrir! —un bullicioso alarido que inconfundiblemente provenía de Paquiño rompió la magia del momento —. ¡Ésta sí que va a ser la buena!

Y Niela se apartó de mí, la alarma reflejada en su rostro. Y extendió el brazo, y un desgarrado grito brotó de sus labios.

Demasiado tarde.

Paquiño tecleó el último dígito en el electroboniato, y un súbito resplandor amarillo me deslumbró y me tiró al suelo. Y, cuando recuperé la visión, observé horrorizado que todos los que estábamos allí teníamos cola de delfín en lugar de piernas, Montserratita, Paquiño y yo incluidos.

Y sin darnos tiempo a reaccionar vino ese canto del exterior. La misma diabólica melodía, aunque con un timbre ligeramente distinto, que Niela había desencadenado contra mí cuando me sorprendió en el bote del señor Icosaedri, pero ahora no tenía tapones en los oídos que me protegieran. Y creí enloquecer.

Poco después unas bellísimas mujeres armadas y vestidas de cuero negro invadieron el cuartelillo. Una de ellas se me acercó con una sonrisa devoradora.

Y a partir de ese momento ignoro lo que pasó.

Me desperté con la testa golpeándome como un martillo pilón, y poco ayudó a su curación el hecho de que los primeros sonidos que registraron mis oídos pertenecieran a uno de los éxitos de oro de José Luis Rodríguez, “El puma”. Bienvenido de nuevo a Igwén, me dije a mí mismo, y la impresión fue corroborada cuando percibí su olor característico y, más aún, cuando entreabrí un ojo y distinguí en la pared el retrato de un gatito vestido de jugador de la Unió Esportiva Lleida. Esta vez no se habían molestado en atarme, me habían depositado en el suelo sin más junto a los bultos, todavía inconscientes, de Niela, Montserratita y Paquiño, aunque al menos habían tenido el detalle de devolvernos a nuestras formas humanas. En la mazmorra, que siguiendo el estilo marca de la casa era de las dimensiones de la madriguera de una ameba, no se apreciaba vestigio alguno de los guardias civiles.

En cuanto reuní las fuerzas suficientes me levanté y estiré un poco las piernas. Me sentía aturdido y débil, como en una mañana de resaca, recordé lo mal que se encontraba señor Icosaedri el día después de nuestra expedición, y deduje que los cantos de sirena debían de tener algún tipo de efecto pernicioso sobre la salud. Si la ocasión lo permitía le preguntaría a Niela por ello.

Montserratita murmuró algo y se revolvió, la agité un poco para desperezarla y después hice lo propio con Niela. Paquiño roncaba apaciblemente con las manos apoyadas en el ombligo, su vida claramente no corría peligro y decidí no molestarlo.

—Desde luego, hay que ver, la que nos ha preparado aquí el bello durmiente —dijo Montserratita mientras buscaba algo en su bolsa de playa.

—El electroboniato no estaba sobre esa mesa por casualidad —explicó Niela con expresión cansada—. Alguien lo dejó allí para que Paquiño lo cogiese, y una vez logrado esto fue coser y cantar el sugestionarlo desde fuera para que introdujese la clave universal.

—Que es la que hace que todas las personas que estén en un espacio cerrado se conviertan en sirenas, supongo.

—O viceversa, Montserratita. Es un método muy práctico para cuando vamos un grupo grande a tierra, así no tenemos que estar una por una alterando nuestras estructuras genéticas.

—Sí, habrá que darles la enhorabuena a nuestros amigos los científicos —comenté desde el suelo, en donde me había sentado con las nalgas apoyadas en el rodapié—. Bueno, pues si nos han traído aquí no creo que se conformen con hacer que nos olvidemos de todo, ¿no?

—¡Anda, pues a ver si se pensaba el hippy este de San Francisco que le iba a dejar largarse de rositas! —una voz aguda como el torno de un dentista me pegó tal sacudida, que hizo que mi cabeza se estrellara contra el gotelé amarillo de la pared.

A continuación se abrió la puerta, y entro en la habitación un cortejo consistente en una señora de mediana edad, ataviada con un chándal que, en sus años mozos, debió de ser rosa, y a la que la naturaleza le había dotado con una nariz prominente, unos ojos saltones, una pelambrera canosa y anárquica y tal aspecto de bruja en general, que en otras circunstancias me habría hecho hasta gracia; una chica en bikini con sonrisa perpetua y una bandeja con cuatro vasos llenos de un líquido rojo y espeso; y una escolta consistente en

cuatro unidades armadas hasta los dientes. Niela se postró ante la bruja, que recibió su sumisión con una sonora carcajada.

—¡Fijaos, chicas, esto sí que es desfachatez y lo demás cuento, hace falta tener cara para arrodillarse de esa manera después de la faena que ha estado a punto de hacernos! —reparó entonces en Paquiño—. ¡Despertadme a este hortera, no voy a permitir semejante falta de respeto en mi presencia!

Una de las escoltas se aproximó a donde yacía mi amigo y, con una sonrisa sádica que debo reconocer que me excitó, le clavó una de sus botas de tacón en el vientre. Paquiño pegó un barrito y se incorporó cual centella, sin darle tiempo a su torturadora de propinarle el segundo pisotón que estaba preparando.

—La reina Wishkita tiene el placer de invitarles a un Bloody Mary —nos comunicó untuosa la sirena de la sonrisa perpetua —, con el fin de que estén en perfecto estado de salud cuando les comunique el programa de su ejecución, a la que por supuesto están convidados.

La chica nos pasó un vaso a cada uno y, animados por los cañones de las metralletas de las escoltas, los apuramos de un trago. Sus efectos fueron impresionantes, o al menos los del mío, el dolor de cabeza se desvaneció y me encontré mucho mejor.

—¿Estáis ya recuperados? —prosiguió la bruja—. ¡Pues hala, disfrutad, disfrutad, que ya veréis lo que os vais a divertir luego!

—Estas dos personas que tengo a mi lado no tienen culpa de nada, majestad —afirmé yo—. De hecho, ni Niela ni yo los conocemos, simplemente estaban en el cuartelillo cuando ustedes lo asaltaron.

—Sí, porque yo soy un conocido botánico de la universidad Central de Laponia, tal y como atestigua mi acento esquimal, y si estaba en ese lugar es porque estaba investigando una variedad de alcaparra salvaje que sólo se da allí —intervino Paquiño—. ¡Vamos, Kermit, deja de ponerte en plan Agustina de Aragón que la vieja pelleja esta se sabe todos nuestros movimientos, si estamos perdidos digas lo que digas!

—¡Huy, qué desvergüenza, en mi vida se han atrevido a insultarme así! —se encolerizó la reina Wishkita— ¡Vas a hacer como castigo trescientas abdominales seguidas, a ver si aprendes un poco de educación! ¡Y que no te vea yo pararte!

—¡Mire, señora, en modo alguno pienso...! —protestó Paquiño, hasta que su verdugo particular le acalló mediante un fuerte culatazo en el cráneo. Vencida su resistencia, comenzó sin más dilación su serie, a muy buen ritmo porque no en balde había sido futbolista en el equipo de su escuela.

—¿Alguno más tiene algo que alegar? —añadió la reina—. ¿No? ¡Bien, Mowerma, cuéntales qué es lo que les espera! .

—Puesto que al parecer ustedes han atentado muy seriamente contra las formas y maneras imperantes en la ciudad, la reina Wishkita ha tenido a bien honrarles con un plan especial de festejos —la sirena con sonrisa perpetua leyó de un tríptico ilustrado que le había pasado una de las escoltas—. Primero, y a modo introductorio, la ya tradicional

carrera de sacos, en la que las niñas de Igwén competirán entre ellas por un chipirón de peluche que la soberana entregará a la ganadora. Segundo, un aperitivo gastronómico, consistente en que, gracias a una pomada especial preparada por nuestros queridos investigadores, sus hígados serán convertidos en una succulenta ensalada campera, que será convenientemente aliñada y repartida entre los asistentes. Tercero...

El fragor de una explosión retumbó en la lejanía, cortando por lo sano la plúmbea palabrería de la facunda.

—¿Qué diablos es eso? —gritó la reina Wishkita—. ¡Chicas, vamos a ver qué pasa! ¡Mirtiel, tú te quedas aquí hasta que el mamarracho ese haya hecho hasta la última de sus abdominales, y que no me entere yo de que le has perdonado ni una!

Se fueron y, no bien el ruido de sus pasos hubo dejado de oírse, Niela redujo a la guardiana con una patada de karate. Salimos de la celda, y dos detonaciones seguidas nos saludaron.

El caos más absoluto se había apoderado de Igwén. Lejos de cualquier disciplina militar, las sirenas huían despavoridas y no parecían reparar en nuestra presencia. Algún generador debía de haber sido alcanzado, porque la luz se mostraba débil y su intensidad fluctuaba, el pasillo entero parecía estremecerse con el bombardeo.

—¡Vamos hacia allá! —exclamó Montserratita, señalando la zona de donde parecían proceder las explosiones—. ¡Es nuestra única esperanza de salir vivos de aquí!

Nadie dijo nada en contra, y echamos a correr. Niela tomó la delantera para guiarnos a través del laberíntico trazado del barrio para humanos de Igwén, y al poco

tiempo dejamos de encontrarlos con sirenas aterradas en sentido contrario, y de oír los chillidos de la reina increpando en vano a sus súbditas. Finalmente llegamos al pasillo en el final del cual recordaba que estaba la sala terminada en la enorme compuerta.

Y entonces Niela me paró en seco.

—Detrás de esa puerta hay un pelotón de soldados de la marina. Estáis salvados.

—Ya. Y con eso me quieres decir que tú te quedas.

—Cariño, no puedo ir contigo. Por muchos defectos que tengamos, éste es mi pueblo, ahora que ha llegado el fin de Igwén necesitan a alguien que les conduzca a un lugar seguro.

—Niela, te matarán si vuelves.

—No, Kermit. En estos momentos no pueden permitirse prescindir de mí. La reina es un despojo fosilizado que no vale para nada, como bien has podido verificar antes y, si es ella la que toma las riendas, mi especie se verá condenada irremisiblemente a la desaparición. En cuanto a mis pecadillos... no te preocupes por mí, que ya haré que los olviden. No te diré el cómo porque tú lo sabes de sobra, pero si quieres una descripción detallada, no tienes más que preguntarle a Paquiño.

—Todo esto es culpa mía. Debí haberte dejado hipnotizar a mis amigos en el chalet de los científicos, y no ponerme tan estúpidamente celoso.

—No, mi amor. La culpable fui yo porque sabía de sobra lo que podría pasar, elegí un mal momento para reblandecerme ante tus encantos. Y júrame que no le guardarás

rencor a Braulio, por mucho que nos duela a ambos debemos reconocer que tal vez hizo lo que debía. Y, por otra parte, ten muy presente que, si no llega a ser por ti, no nos habríamos visto obligadas a arrojar su coche al mar.

—Está bien, lo juro. Prométeme tú a cambio que volverás a por mí cuando las cosas hayan vuelto a su cauce.

—Kermit, lo más probable es que ese momento nunca llegue. No hay tantos lugares hoy en día donde se pueda fundar otra ciudad como Igwén, nos espera una larga época de vagar errantes por los mares. Más vale que nuestra despedida sea para siempre.

—Nunca te olvidaré, amor mío. La única manera de que lo consiguiera es que me dieras uno de tus besos hipnóticos, y como se te ocurra te juro que te degüello.

—Ay, ya estás otra vez con ese maldito genio, deberías ir a un psicólogo para que te dé un par de electrochoques. Adiós, Kermit, créeme que ha sido fabuloso conocerte.

—Adiós, Niela.

Nos fundimos en un beso bañado en lágrimas, y cuando terminamos me cubrí la cara para que ella no la viera. Recorrí errático unas baldosas, y luego me quedé paralizado.

—Kermit, una última cosa...

Levanté la cabeza y vi que también su rostro estaba retorcido por la pena.

—Lo que te dije acerca de mi posible embarazo era broma. Me habría encantado tener un hijo tuyo, pero jamás lo habría forzado sin tu consentimiento. Aunque te cueste creerlo, las sirenas también sabemos tomar precauciones cuando nos despendolamos.

No fui capaz de articular palabra, y ella se dio media vuelta y desapareció de mi vida.

Y todo lo que me sucedió a continuación resulta difuso. Alguien me recogió del suelo donde estaba postrado y me llevó a un habitáculo que supongo pertenecería a un submarino, y allí me quedé con la mente vacía hasta que salimos a la superficie. Montserratita y Paquiño me metieron en un taxi, y así fue como llegamos a nuestro apartamento de Gandía, de donde salí con rumbo a Madrid al día siguiente.

—Como te lo cuento, Kermit, nos libramos porque la profesora Molécula, aquí presente y a quien Dios guarde muchos años, cuando se baja a la playa no mete en su bolsita el surtido de ungüentos y el repelente para peces-gato clásicos en toda hija de vecina, sino que en su lugar lleva, entre otras cosas propias de enajenada mental en las que prefiero no entrar, nada más y nada menos que un equipo de posicionamiento global vía satélite —dice Paquiño.

—Y cuando el cenutrio este metió la contraseña errónea en el electroboniato lo activó, y gracias a eso los guardias civiles del cuartelillo de Gandía os pudieron localizar, y le pasaron la información a la Armada —añade Braulio.

Es el tercer viernes de septiembre, he quedado con mis amigos por vez primera desde las vacaciones, y han venido a visitarme a mi piso. Y ahí los tengo, zampándose las reservas que tanto tiempo me ha costado apilar en mi despensa y bebiéndose mis bebidas de

primeras marcas, y rememorando punto por punto los diferentes episodios de la extraordinaria aventura que nos tocó vivir.

El reencuentro con Braulio ha sido lo peor. Supongo que, si no llego a haber dado mi palabra a Niela, habría seguido mi primer impulso y le habría dado con la puerta en las narices, pero tengo las manos atadas y no he podido hacer otra cosa que abrazarme con él. Supongo que nunca le perdonaré del todo lo que me hizo, pero no deja de ser un tío fenomenal, y las veces que lo he pensado fríamente he visto que tal vez no quedaba otra. Alguno de los científicos podría haber acabado descubriendo el famoso virus, y me consta que las súbditas de la reina Wishkita no habrían tenido ningún reparo en usarlo.

Por supuesto, no he vuelto a saber nada de Niela ni de su pueblo. Ignoro si Igwén seguirá en pie, o si habrá corrido la misma suerte de las demás ciudades subacuáticas. La operación por la que nos liberaron fue alto secreto, y la gratificación que nos ha prometido el Gobierno, que unida a la de los millonarios rescatados nos permitirá vivir como marajás unos cuantos años, ha tapado las bocas de Montserratita, Paquiño y Braulio, y de nada serviría que saliera yo solo a la palestra.

No voy a negarlo, la echo mucho de menos. La vuelta al trabajo ha sido durísima y apenas tengo tiempo para pensar en ella, lo cual en el fondo es lo mejor que me podía pasar, pero a veces se me aparece en sueños y me despierto y ya no puedo volver a dormir. Intento ser positivo en esas ocasiones y centrarme en los momentos maravillosos que tuve la inmensa fortuna de compartir con ella. A veces incluso consigo convencerme de que las cosas no habrían sido tan bonitas en medio de la rutina de Madrid, tan lejos ella de su mar y

de su gente, y de que el simple hecho de haber tenido a alguien así entre mis brazos me convierte en un privilegiado.

Por otra parte, mis amigos me cuentan que, aunque se han cuidado mucho de revelar la verdadera naturaleza de Niela, están circulando unas fotos que me hicieron con ella, y algunas chicas que antes ni me miraban a la cara ahora me ven con otros ojos, y piensan que si me ligué a alguien así puede que no esté tan mal después de todo. No sé, prefiero no hacerme ilusiones, pero puede que el futuro me guarde algo más que añoranzas.

—Paquiño, ya está bien de pitorrearte —Montserratita le pega una colleja, ante la que el agredido entrecierra los ojos y pone una mueca de dolor—. Que aquí donde me ves, yo soy la heroína de esta historia.

FIN